

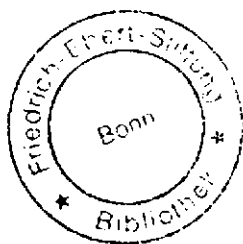
Edelberto Torres-Rivas

La izquierda centroamericana en la encrucijada



La izquierda centroamericana en la encrucijada

Edelberto Torres-Rivas



A 98 - 04897

335.4

T693-i

Torres Rivas, Edelberto

La Izquierda Centroamericana en la encrucijada /

Edelberto Torres Rivas. -- 1a. ed. -- San José, C.R. :

Fundación Friedrich Ebert, 1998.

100 p.; 21 cm.

ISBN 9977-961-25-5

1. Comunismo. 2. Materialismo dialéctico.

3. Socialismo. 4. Sistemas políticos. I Título.

Edición, diseño y diagramación: NeoGráfica S.A.

Cubierta: Erick Valdelomar/NeoGráfica S.A.

1998

Contenido

Primera parte

Encrucijadas e incertezas en la izquierda centroamericana	7
Introducción	9
Reforma y revolución en la postguerra	14
<i>Las izquierdas juegan al gobierno</i>	14
<i>Dos tradiciones, dos culturas</i>	20
La victoria ideológica del anticomunismo	22
El segundo momento de las izquierdas, la radicalización inevitable	26
<i>¿Liberales avanzados o socialistas democráticos?</i>	26
<i>Las raíces inmediatas del ánimo insurreccional</i>	29
<i>Ideologías, emociones, programas...</i>	32

Escenarios políticos, itinerarios ideológicos de la izquierda armada	39
---	----

<i>El sujeto popular revolucionario: nuevo actor</i>	40
--	----

<i>Ideologías de lo político-militar</i>	43
--	----

Segunda parte

Las izquierdas postbélicas en Centroamérica	53
--	----

Los escenarios	56
----------------	----

Las ventajas del caos	65
-----------------------	----

Las ceremonias del adiós	69
--------------------------	----

El desfondamiento del pacto socialdemócrata	86
---	----

Tan radical como la misma realidad...	94
---------------------------------------	----

Presentación

Constatar la crisis de la izquierda en general y la desarticulación de la izquierda en Centroamérica específicamente, ya forma parte irrenunciable del discurso común que se usa en los círculos intelectuales para codificar la interpretación actual de la realidad. De igual conocimiento común son las causas principales de esta crisis tan consensualmente diagnosticada: a) el fin del conflicto Este-Oeste o de la guerra fría, b) el fin de las guerras reales en Centroamérica, y c) la revolución conservadora – quiere decir: el conjunto de nuevas formas en la actividad económica, de nuevas configuraciones de la vida política y de nuevas normas para el reacomodo de la sociedad.

Están los enemigos de siempre que en su triunfalismo embriagador celebran la crisis de la izquierda como su muerte definitiva. Están los simpatizantes de ayer, que lamentan el agotamiento del viejo proyecto de la izquierda con lágrimas en sus ojos pero con una profunda satisfacción en su corazón (con cierta distancia al momento revolucionario hay siempre más arrepentidos que hubo camaradas). Está también la vieja guardia del movimiento, que castiga la realidad traicionera con ignorancia imperturbable, encerrándose en el pequeño paraíso de su verdad absoluta. Pero hay poca gente que está realmente preocupada por la ausencia de una izquierda articulada,

gente que se ha reservado el conocimiento de que la democracia política ni se construye ni se consolida sin las fuerzas vivas de la izquierda.

En esta situación, la obra presentada sirve como guía retrospectiva y como brújula orientadora al mismo tiempo: primero explicando el recorrido contradictorio de la izquierda centroamericana que salió de las lúcidas alturas de la revolución a la fatigosa bajura de la modernización, y segundo ofreciendo algunas orientaciones para la lucha desarmada en la jungla política de una democracia representativa.

El autor concluyó la redacción de su ensayo en octubre de 1995, durante su estadía en Madrid. Consecuentemente, se encuentran en el texto, en algunos momentos del desarrollo del argumento, referencias a la coyuntura política de aquella temporada. Sin embargo, este tributo a una actualidad ya pasada, no reduce de ninguna manera la validez y vigencia del análisis. Por esta razón, hemos decidido publicar el discurso presente, convencidos que se trata de una contribución extraordinaria a un debate necesario.

Reiner Radermacher
San José, enero de 1998

Primera parte

Encrucijadas e incertezas en la izquierda centroamericana

"La izquierda tiene que reconsiderar su política en un mundo muy diferente al que concibieron Marx y Lenin, pero hay que hacer lo que ellos hubieran hecho, analizar las razones del fracaso y proponer no lo que nos gustaría, sino lo que se puede hacer. Las circunstancias han cambiado y es necesario adaptarse, pues la lucha por la libertad, el trabajo, el bienestar de todos sigue siendo necesaria. No habría de decirse de nosotros que hemos dejado de creer en la emancipación de la humanidad..."

Erik Hobsbawm

Introducción

a) La encrucijada en que se encuentran las fuerzas de izquierda tiene raíces externas y nacionales. Su respaldo teórico no fue siempre el marxismo, de tal manera que la crisis de éste sólo explica parcialmente las incertezas de que se llena, más que el imaginario político de izquierda, su difícil praxis. De hecho, la teoría no se puso nunca al día con las necesidades de la política práctica en nuestros países y no fue guía sino en el mundo de las ideas. Y esto, sólo para unos cuantos. La disociación conceptual con lo real es una precondition que dificulta entender la realidad y, aún más, cambiarla. Pero es en el ámbito de la práctica donde la encrucijada se abre múltiple y oscura, y donde aparecen las muchas incertezas. La raíz de esta duda profunda se sitúa en la debilidad o inexistencia de movimientos sociales contestatarios. El vínculo existencial se terminó, al menos, en estos malos tiempos.

Las fuerzas de izquierda fueron poderosas en la política de reformas, en Costa Rica, y en las estrategias de fuerza, en Nicaragua y El Salvador. Las certezas las daba, en esos casos, la seguridad de que se era actores del cambio. Actuar con éxito. Fue eso lo que se terminó. Ya no hay seguridad ninguna de que

se actúa en el interior de la historia. Esta apresuró su ritmo y en el vuelco cambió los actores y el libreto; y el drama de la revolución ahora se vive como tragedia.

b) Aunque el punto de vista de un autor siempre está conformado por las experiencias colectivas de los ámbitos donde se alimenta intelectualmente, todo se filtra a través de la subjetividad personal, donde la pasión, la confianza, el amor o la indiferencia son decisivos. Lo que sigue, son consideraciones personales, urgentes, entorpecidas porque la visión del corto plazo no da tregua. Visión y vivencias se mezclan para producir un análisis personal, sesgado inexorablemente. ¿Importa acaso no alcanzar la objetividad posible? La objetividad en ciencias sociales es lo subjetivo metódico. Cuando un hombre de izquierda reflexiona sobre las experiencias políticas de izquierda, está haciendo, aunque no quiera, un ejercicio de introspección.

¿Puede ser compartida acaso la opinión de que, a la mitad del año que divide la última década, las fuerzas de las izquierdas políticas en Centroamérica atraviesan una crisis de identidad, pero no de disolución? En efecto, hoy día, aunque divididas, constituyen la mayor fuerza política en Nicaragua y la mayor fuerza de oposición en El Salvador. La fracción políticamente más progresista del Partido Liberal y lo mejor de una generación de izquierda gobierna Honduras. La derecha truculenta, desnacionalizada, perdió recientemente las elecciones en Panamá. Las ganó una versión muy debilitada ideológicamente del torrijismo progresista, pero una joven fuerza de izquierda, Papa Egoró, en doce meses de campaña se alzó con el 14% de los votos en ese país.

Más difícil es la referencia a Costa Rica, donde la otrora poderosa izquierda socialdemócrata se adapta tanto al realismo de la coyuntura que en su afán de la oportunidad electoral, pierde su perfil ideológico. Y aún más difícil es lo relativo a Guatemala, porque ahí sucesivas olas de una violencia sin límites terminaron con la vida de decenas de miles de militantes de izquierda en el

lapso de dos generaciones y, hoy día, el horror y el miedo condicionan su reaparición. Las fuerzas de la izquierda armada negocian a contrapelo de su debilidad militar, pero montadas en la cresta de la ola internacional que empuja por todos lados a la concertación. Hay gobiernos de derecha que están dialogando con la insurgencia de izquierda desde hace ocho años. A mediados de 1995, hay claros indicios de que algunos grupos de izquierda legal quieren hacer política electoral. El pronóstico en esto es más que reservado.

Hay dos supuestos, sin embargo, que tienen que hacerse explícitos para comprender las razones de una objetividad que pueda destacar lo positivo de las cosas. Uno, es que se trata de una interpretación que no parte del viejo lugar común de adjudicar a la izquierda una permanente condición de crisis. En los ochenta, no lo estuvo. Ahora, su crisis es profunda y múltiple. A ella habremos de referirnos de diversas maneras, especialmente en la parte final.

El otro supuesto es que en su identificación, que también deberá acompañar el desarrollo de este trabajo, hablamos de izquierdas, en plural, en tanto no puede ser considerada como un solo movimiento, con la misma práctica, un único organismo o un pensamiento unitario, integrado, cohesivo, con las virtudes del ave fénix. Hay muchas izquierdas, con expresiones políticas, intelectuales, éticas variadas; se manifiestan de diversas maneras en los movimientos sociales, se personifican en contradictorios estados de ánimo cultural; no versátil pero sí múltiple, y en ello reside su fuerza. Otro problema es la incapacidad estructural, interna de las organizaciones de izquierda para mantenerse unidas. Como en todas partes, las anima una fatalidad para dividirse y castigarse, para negarse recíprocamente y ello explica su debilidad actual.

c) En relación a esta condición múltiple y contradictoria de las izquierdas, no es necesario referirnos a las vicisitudes de la crisis del comunismo como sistema político y como sociedad porque

ello sólo constituye el referente general de la crisis. En la experiencia centroamericana, la existencia de la URSS y del campo socialista sólo de manera indirecta influyeron, para bien y para mal, en los desarrollos y limitaciones que las izquierdas experimentaron.¹

La crisis de la socialdemocracia, como gobierno y como movimiento social, tampoco puede ser acometida porque resulta aún más distante como experiencia propia, con excepción de Costa Rica. Pese a ello, las influencias de la Internacional Socialista jugaron un papel importante en el desenlace de la crisis de los ochenta y todavía anima movimientos fraternos locales, casi todos en estado de inanición. El troskismo nunca prosperó en este trópico difícil. Y más centrados en la historia centroamericana, nos referimos a las diferencias entre reformistas y revolucionarios, por cierto, la gran división que marcó al movimiento obrero y a la izquierda política europea, que luego se trasladó a las luchas sociales en casi todos los países del orbe, incluidos los nuestros.

Finalmente, recordemos que sólo nos interesan en este trabajo los aspectos contemporáneos de la presencia de las izquierdas centroamericanas. Pero, un buen sentido de la historia nos sugiere que lo contemporáneo define un período de tiempo marcado por una generación, sea que se realice o que fracase, pero que esté viva en el momento de analizarla. La historia sólo empieza cuando sus protagonistas están muertos. Lo demás y a partir de esa precisión cronológica, es sociología. Sociología política. Este no es un ensayo histórico sino una propuesta de interpretación social sobre la vitalidad de la izquierda contemporánea en Centroamérica.

¹ No hemos resuelto nunca la cuestión del protagonismo de la URSS y del campo socialista en la historia de la vida política de las izquierdas centroamericanas en los años de la postguerra, que analizamos más adelante en las experiencias de Argenz y Figueres. En los objetivos del movimiento social de esa época, lo antiloligárquico no cayó fácilmente con lo antiburgués: fueron razones muy locales las que motivaron a fuerza de la política renovadora intentada en esos años.

Por ello, este análisis sólo puede empezar en la década de los cuarenta, como el antecedente crucial, articulado a las luchas democráticas posteriores en Centroamérica. Es medio siglo que finaliza cuando la fuerza de la izquierda armada se transforma en participación política y desarrolla otras estrategias en los años noventa. Es aquí donde las izquierdas, sus éxitos y su crisis, aparecen marcando este final de siglo.

Justamente por la pertinencia de la advertencia anterior, no habremos de hacer ninguna referencia precisa a cuanto ocurrió antes de la segunda postguerra. Sólo recordemos que hubo muchos fenómenos importantes antes de los años cuarenta, y que hay por lo menos tres de magnitud continental, donde actores e ideologías de izquierda se movieron dejando una influencia extraordinaria, no valorada suficientemente, en la política de estos países. Recordemos la lucha patriótica de Augusto César Sandino, en Nicaragua (1927/1932), el levantamiento y la matanza campesina de El Salvador (1932) y los movimientos sociales que culminan con la huelga bananera en Costa Rica (1934). En los tres eventos participaron con destacado protagonismo activistas e ideólogos progresistas, comunistas movidos y organizados en el seno de la III Internacional y demócratas progresistas. Hay análisis valiosos sobre estos hechos, imposible de considerarse aquí.²

2 Sin duda, el mejor trabajo es el de R. Cerdas Cruz, *La hoz y el machete*, EUNED, San José, 1986. La lucha antimperialista de Sandino atrae la atención de fuerzas nacionalistas como el gobierno de Fortes Gil, en México, y la colaboración de la Internacional Comunista que contribuyó a darle un perfil más radical a la lucha. La matanza campesina de El Salvador fue resultado de un importante ascenso de luchas sociales que, unidas a los efectos de la crisis del 30 y al golpe militar de Hernández, llevó al PC de El Salvador a calificar en enero de 1932 la situación como pre-revolucionaria. La insurrección, que no llegó a estallar, fue reprimida brutalmente en sus preparativos. En junio de 1931 se fundó el Partido Comunista, en Costa Rica, que realizó una extraordinaria labor de organización obrera, de la que surgió la más importante huelga de esa década en las plantaciones bananeras, en 1934 (véase Cerdas, especialmente cap. I, IV y VII, 2a Parte).

Reforma y revolución en la postguerra

Es difícil imaginar el martirologio de la izquierda centroamericana en todos los tiempos. Pero en el pasado, ser de izquierda en una sociedad oligárquica y en una dictadura militar, con el agobio del atraso cultural y la estrechez política, constituyó un desafío vital, la muerte civil en el mejor de los casos, una condición de aislamiento total. En ese posicionamiento personal hubo pocos, pero no faltaron hombres y mujeres radicales, solitarios, llenos de coraje e impotencia, a quienes las dictaduras acosaron hasta la muerte. No es casual que los primeros marxistas en Centroamérica, en los años treinta, fueran unos cuantos estudiantes universitarios y maestros, junto a obreros gráficos, linotipistas o artesanos letrados, todos jóvenes, hoy injustamente olvidados.

Pero la historia de las izquierdas en esta región cobra particular importancia, por la fuerza de la originalidad de sus experiencias, en los años cuarenta, sobre todo a partir de la segunda postguerra. Es como un momento de actualización de factores latentes, cuya dinámica finalmente irrumpe en la historia política, particularmente en Costa Rica y Guatemala.

En aquel país, un reformismo en muchos aspectos prematuro cambió de rumbo y empujó la modernización de esa sociedad. En éste, la opción por la revolución llenó de efectos contradictorios su desarrollo posterior y el de toda Centroamérica. Fueron unos diez años llenos de acontecimientos que constituyen un intento de arreglo de cuentas, gradual o jacobino, con el viejo orden oligárquico, que tuvo como ejecutores, por vez primera, hombres y fuerzas de izquierda.

Las izquierdas juegan al gobierno

La izquierda centroamericana estuvo, desde los años cuarenta, dividida por objetivos reformistas o revolucionarios, pero nunca se propuso la toma del poder; se movieron reactivamente frente

al atraso que, con ópticas divergentes, se propusieron superar. A comienzos de la década, en Costa Rica, y a finales de la misma, en Guatemala, dos partidos comunistas, en alianza con otras fuerzas políticas, fueron capaces de promover o proponer políticas de modernización de la sociedad que tuvieron efectos claramente antisistémicos.

Los partidos comunistas, el de Costa Rica, con diversos nombres, el último de los cuales fue el de Vanguardia Popular (VP), y el de Guatemala, con el de Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT), articularon alianzas que fueron más allá de la jugada electoral, con programas y objetivos que, dada su naturaleza, constituyeron estrategias de reforma o revolución, según el caso, y que calificaron con su éxito o su fracaso, respectivamente, la historia de estos países.

El Partido Comunista de Costa Rica, a partir de 1942, formó parte de una alianza con la Iglesia Católica, en cuyo centro estuvo uno de los grupos más poderosos de la oligarquía cafetalera, el Partido Republicano Nacional, encabezado por un caudillo tradicional, el Dr. Rafael Ángel Calderón (1940/44). Y el Partido Guatemalteco del Trabajo, en Guatemala, formando parte de una alianza nacional-progresista, con partidos de la clase media, apoyó el Programa Revolucionario encabezado por un militar, el Coronel Jacobo Arbenz (1948/53).

No es el caso repetir la crónica de estos hechos bien sabidos. Interesa solamente valorar algunos componentes en lo que tiene de importancia práctica e ideológica la presencia de la izquierda, su naturaleza original y por ello heterodoxa, y al mismo tiempo, la paradójica actuación de estas fuerzas políticas en aquel período. En Costa Rica, la extraordinaria alianza política con fuerzas conservadoras y con la alta jerarquía eclesiástica, ambas animadas de una voluntad reformista, permitió a Vanguardia Popular actuar como una fuerza modernizadora de la sociedad costarricense.³

3 La obra de Manuel Mora Valverde, secretario general de Vanguardia Popular, contiene información importante sobre este período. Un breve resumen puede encontrarse en: A. Herrera y otros, *Partido vanguardia Popular*, breve esbozo de su historia, Ed. Revolución, San José, 1971. En un contexto más elaborado la primera parte de libro de Roberto Salom analiza este período, ver *La crisis de la izquierda en Costa Rica*, Ed. Porvenir, San José, 1987, cap. II.

Con su apoyo, el gobierno de Calderón Guardia implantó la seguridad social, refundó la Universidad, promulgó el Código de Trabajo, etc.⁴ y especialmente estableció las Garantías Sociales (julio de 1942), su mayor contribución a la modernización social de Costa Rica. En todo este período aparece la presencia del entonces Partido Comunista. Su orientación, apoyo y su fuerza en la organización sindical, en ciertas capas populares urbanas, entre la intelectualidad, constituyen elementos fundantes de la democracia de este país. Se movieron con un programa minimalista, nacionalista, que se resume en una referencia constante a la justicia social, a la participación popular, a motivaciones de igualdad social e independencia nacional. La contribución de Monseñor Sanabria adquiere también una extraordinaria significación por su apoyo militante a estos cambios. Su Encíclica sobre el Justo Salario (julio de 1941) debe ser recordada como parte de una fuerza colectiva, progresista, que animó tempranamente a la sociedad costarricense.⁵

En Guatemala, la coyuntura de la postguerra abrió por vez primera la oportunidad para la vida democrática, luego de la expulsión popular de la dictadura militar. El gobierno de Juan José Arévalo (1945/51) aparece como el mayor esfuerzo reformista de la época, animado por hacer cambios hoy vistos como elementales, pero imprescindibles para una sociedad que pareciera estar

4 Como en todos estos temas, existe una abundante bibliografía escrita por nacionales e investigadores extranjeros. Un buen resumen de la obra de Calderón Guardia aparece en el libro de Jorge Mario Seijas, *Calderón Guardia*, EUNED, San José, 1980. Sobre todo el período, dos versiones, diversas pero completas, son la de O. Aguilar B., *Costa Rica y los hechos políticos de 1948, Problemática de una época*, Ed. Costa Rica, San José, 1965 y Manuel Rojas B., *Conflicto social y guerra civil en Costa Rica 1940-1948*, Ed. Porvenir, San José, 1979.

5 A decir de M. Picado en esta época, la Iglesia se consolida en lo que se llama un régimen de cristiandad, es decir, en una Iglesia que utiliza el poder social y político dominante como mediación para su propio proyecto misionero y evangelizador. Cf. M. Picado, *Senderos*, No. 9, San José, Diciembre, 1980, pág. 165. El libro de Javier Solís recuerda el momento en que actuó Monseñor Sanabria, *La Herencia de Sanabria, análisis político de la Iglesia costarricense*, DEI, San José, 1983, esp. cap. II. También es importante, para una visión regional, Pablo Ricardo y Juan G. Meléndez, *La Iglesia de los pobres en América Central*, DEI, San José, 1982.

iniciando así el siglo XX. El gobierno de Arévalo tiene un notable parecido con el de Calderón Guardia, por su ofensiva modernizadora: código de trabajo, seguridad social, autonomía universitaria, sufragio universal, promoción de la cultura popular, autonomía municipal, promoción de la vida económica, etc. Dos factores de poder los separan. La Iglesia Católica, que se convirtió en el eje de la ofensiva oscurantista, y el Ejército, al que profesionalizó y enfrentó.

Arévalo, anticomunista filosófico, alumno de Rickert y los idealistas alemanes, elaboró la tesis del socialismo espiritual. El y sus seguidores fueron hombres de izquierda, moderados, reformistas; demócratas avanzados en el interior de una sociedad atrasada, que venía saliendo, con la expulsión de Ubico, de la más degradada de las dictaduras liberales.⁶ Una generación más suficiente para mover las agujas del reloj.

El gobierno de Arbenz, por la manera como continuó con el de Arévalo (1951/54), fue su paulatina negación. En 1948, se creó en la ilegalidad de la democracia en germen, el Partido Comunista; nació, de todas maneras, en cuna democrática y sus líderes, jóvenes salidos de los partidos arevalistas, ya desde 1949 eran cuadros activos y respetados que establecieron relaciones estrechas con cuadros de los partidos de gobierno, pero especialmente con el Coronel Arbenz.⁷ La influencia ideológica de aquellos explica que la oferta electoral del arbencismo se convirtiera en un programa revolucionario, que adoptó como eje de las propuestas de cambio, la reforma agraria. Esta fue concebida como una estrategia de modernización de la economía rural, talón de Aquiles de

6 El libro de I. Cardona y Aragón *La revolución guatemalteca*. Ed. Humanismo, México, 1957 fue uno de tantos publicados sobre la revolución guatemalteca. Hay excelentes resúmenes, de los que por razones de espacio solo cito a J. Handy, *Gift of the devil, a history of Guatemala*, South End Press, Boston, 1984.

7 La más notable contribución para la comprensión de esta amistad y de las circunstancias que hicieron de Arbenz un estadista inspirado y radical, aparecen en la obra de Piero Gleijeses, *Shattered hope: the Guatemalan Revolution and the US, 1944-1954*, New Jersey, Princeton University Press, 1990. Existe, no obstante, una numerosa bibliografía sobre la llamada "Revolución de octubre" que cubre la década de 1944 a 1954.

todo el sistema, y cuya reforma convertiría al campo en plataforma de cambio para el desarrollo pleno del capitalismo, junto con el progreso social y la independencia nacional.

El programa político de Arbenz, claramente influenciado por el PGT, buscaba atar en una sola estrategia de lucha, el desarrollo capitalista con la democracia social. Pero no bajo la dirección de la burguesía empresarial sino desde el Estado y con apoyo en una fuerte movilización popular. El proyecto, por sus propósitos y por la manera como empezó a ser aplicado, apareció en el enrarecido ambiente conservador del país como una amenaza comunista, por la dinámica expropiatoria de la propiedad terrateniente, incluyendo aquí las tierras de la UFCo. La pasión de los jóvenes marxistas por el lenguaje radical, cuando empezaba la "guerra fría", completó la percepción de que en Guatemala se fraguaba una ofensiva soviética, diabólica, comunista.

Programáticamente, la generación de la izquierda centroamericana de la postguerra se definió en torno a dos urgencias que consideraron básicas y complementarias: la lucha por la democracia política que era una manera de combatir las exclusiones del pasado, y la batalla por el reordenamiento agrario, calificadamente señorial y servil. Al plantear ambas, participación política y reforma agraria, hacían de manera directa la crítica del orden político vigente y expresaban un estado de ánimo radical. No se olvide que los grandes terratenientes-exportadores eran, como hasta hace poco, la fracción decisiva de la élite dominante, autoritaria, señorial, aliados de y representados por la dictadura militar que fue, para el regusto de la época, el brazo armado de la oligarquía.

En la versión marxista eurocéntrica, "desfeudalizar" el campo era la condición histórica para industrializar la sociedad, desarrollar así el capitalismo y, como efecto de tales cambios, alcanzar la democracia política. Esa era la visión teleológica de la época, asumida más que como receta ortodoxa, como la verdadera razón de la historia. Existía en casi toda Centroamérica la gran propiedad

ociosa, el sistema de mozos colonos, atados a la tierra de manera vitalicia, la virtual ausencia del salario monetario, etc. En la óptica contagiosa de entonces, había, de hecho, una visión lineal de la historia, una homologación de lo que tal vez ocurrió en Europa, que explica que la izquierda marxista centroamericana buscara aliados burgueses para enfrentar con la clase obrera a los señores feudales. Arbenz no los encontró porque no existían.

La reforma agraria arbenzista fue para la Centroamérica oligárquica el momento culminante de las luchas sociales de la postguerra, de la crítica del orden liberal, cafetalero y autoritario. Pero en ningún país de la región se fue más allá de la retórica revolucionaria, salvo en Guatemala. El reformismo agrario se buscó aquí con métodos revolucionarios, con base en la expropiación de los terratenientes ausentistas e improductivos, o de aquellos que en sus relaciones utilizaran formas de servidumbre campesina. La defensa de la propiedad generó una violenta reacción política y una respuesta ideológica: el anticomunismo, que ganó fácilmente más conciencias ciudadanas que el mismo temor al infierno.

En Costa Rica, las cosas marcharon por otro rumbo; se alcanzó de manera temprana el reconocimiento constitucional y político de los derechos sociales y económicos del trabajador, llamados en lenguaje coloquial "las garantías sociales". Constituyeron, desde entonces, un factor de modernización social y política de las relaciones en el mundo del trabajo y establecieron así sólidas bases para la democracia política. Las luchas sociales adquieren otra dinámica. El gobierno de Calderón Guardia desarrolló políticas renovadoras que, en conjunto, definen una estrategia reformista y modernizadora, que en 1945 buscó continuar el gobierno de Teodoro Picado, siempre con el apoyo de Vanguardia Popular.

Dos tradiciones, dos culturas

Como lo registra hoy día la historia escrita en Costa Rica, ni la alianza política ni sus resultados agradaron al *establishment* tradicional, que fue polarizándose peligrosamente. Problemas de fraude electoral en 1944, y de nuevo en 1948, y medidas desacertadas de violencia política desencadenaron el descontento opositor, que culminó en la guerra civil de 1948. En una encrucijada histórica llena de contradicciones, difícil de resumir aquí, aparece a mediados de los cuarenta, la extraordinaria figura de José Figueres, enemigo político pero continuador de la obra de Calderón, a quien derrotó en el enfrentamiento bélico de ese año.

La generación política que encabezó Figueres, animada de una incansable voluntad de cambio, completó la modernización del país, de la democracia política, dándole sólidas bases sociales y legales; abole el Ejército, nacionaliza la Banca, moderniza la economía cafetalera, crea instituciones sociales en favor de los grupos más pobres, favorece aún más la educación pública, crea instituciones para adecuar el juego electoral que con el Tribunal Supremo de Elecciones, alcanza la credibilidad democrática, etc.

Para entender el juego reforma / revolución en el escenario centroamericano y el papel de las posiciones de izquierda, nada mejor que establecer una rápida comparación entre las recias personalidades de Arbenz y Figueres, que asumieron críticamente el atraso de la sociedad, hicieron intentos parecidos para democratizar y modernizar la vida social de sus respectivos países, buscaron caminos para la justicia social, etc. Actuando con enorme voluntad política, con propósitos de actualización para su país, llegaron a lugares opuestos. Tan disímiles entre sí que el fracaso y el éxito los clasifica de modo distinto en la historia.

Arbenz representa el pensamiento jacobino llevado a su exacerbación, una mentalidad avanzada de demócrata radical, impaciente, por haberse formado en el seno de una sociedad

atrasada, un país de indios explotados y analfabetos, humillados por siglos por una burguesía sin ninguna sensibilidad social. Su convicción revolucionaria la transforma en un voluntarismo intransigente para aplicar de manera inmediata la reforma agraria. Usa un lenguaje directo, convencido de la oportunidad, pero también de la urgencia de transformar a Guatemala en un país independiente, moderno, capitalista. Es militar, cree en el Ejército y tiene de la política un cierto desprecio, por las veleidades y vacilaciones que todos los días exhibía la dirigencia partidaria que lo apoyaba.⁸

La personalidad de Figueres ejemplifica una evolución ideológica y práctica más sinuosa, probablemente porque se formó en una sociedad menos violenta, en una democracia aristocrática que le resultó siempre ajena, con una experiencia vivencial en Estados Unidos. Dispuso de más tiempo, toda una vida, al servicio de un temperamento voluntarioso, que empieza con un encono de origen electoral, hace la guerra y luego ejecuta un reformismo exitoso, la capacidad de ajustes graduales, el dinamismo de la permanencia y el cambio en clave anticomunista. Aceptada la simplificación que a veces significa hablar de "el papel que el individuo juega en la historia", Figueres es el fundador de la Costa Rica moderna. El figuerismo se identifica con la socialdemocracia, a veces, no siempre a gusto del propio Figueres, que, como todo reformista, se ganó el odio de la oligarquía. Odio que todavía perdura.

Ambos, Arbenz y Figueres, fueron herederos de gobiernos democráticos y progresistas, de el de Arévalo, en Guatemala, y de el de Calderón Guardia, en Costa Rica. Aún más, sin las reformas de uno y otro no se explicarían las posibilidades abiertas para ambos. Las circunstancias internacionales en que Arbenz y Figueres actuaron, fueron las mismas. Pero a la guerra fría le sacaron provecho exactamente opuesto. Figueres, por

8 La comparación entre Figueres y Arbenz está desarrollada en E. Torres-Rivas, "Personajes, ideologías y circunstancias lo socialdemócrata en Centroamérica", en: M. Vellenga (coord.) *Democracia y política en América Latina, Siglo XI*. Ed. México, 1993, pág. 342 y sigs.

comparación con Arbenz, fue profundamente anticomunista y pronorteamericano, que en su ascenso y gestión gubernamental debilitó al movimiento obrero. Su retórica estuvo a tono con las exigencias de la guerra fría. Así, adaptado al realismo de esos años, supo dirigir la construcción de una sociedad democrática y progresista. Figueres muere de viejo, respetado por todos.

Arbenz se apoyó en las masas, a las que organizó por vez primera, enfrentó de manera frontal el odio de la oligarquía, la Iglesia y las clases medias, que paulatinamente lo abandonaron. Procomunista y antinorteamericano, fue víctima de la guerra fría y de su consecuencia política. Su experiencia fue de cortísimo plazo y terminó en una brutal derrota, a manos de una alianza que recién ahora empieza a descomponerse. La contrarrevolución reforzó muchas modalidades del retraso guatemalteco, especialmente la violencia política, cuyo largo período aún no termina. Arbenz vivió proscrito y murió en circunstancias anormales, olvidado por casi todos.

La victoria ideológica del anticomunismo

Dados los propósitos de este documento, no es posible hacer referencia alguna de lo ocurrido en los otros países de la región en el periodo descrito brevemente para Guatemala y Costa Rica. Hubo sin duda luchas sociales donde las fuerzas de izquierda siempre estuvieron actuando, pero sólo posteriormente tendrán la importancia que justifica la forma que aquí se consigna. Donde no hubo ambiente democrático, como en El Salvador, Honduras o Nicaragua, no hubo nunca una izquierda legal, pública, política, importante. También podría formularse de manera invertida esta proposición, pues, por no tolerarse una izquierda legal y política no hubo ambiente democrático en esos países.

Al hombre de izquierda en Centroamérica, especialmente en este período de la guerra fría, se le condenó a la muerte física y política; la represión y la ilegalidad fueron de los expedientes

empleados, los más eficaces, condenando al militante revolucionario al dolor de la tortura y la muerte o a la soledad de la clandestinidad, a la oscuridad de la secta.

Las dos tenazas que acogotaron los reiterados esfuerzos por constituir una vida democrática y, consecuentemente, una existencia legal para las actividades de la izquierda, dicho de manera resumida, fueron por un lado, la rudeza de la represión policiaca, el terrorismo de Estado ejecutado por los militares; y por la otra, el terrorismo ideológico, sicológico y cultural del anticomunismo, que prendió en extensos sectores de la sociedad, en cuyo interior hubo políticos, periodistas, el hombre común, que lo vivieron como una fórmula animada por un odio sectario, una versión parroquial, primitiva, con ánimo de guerra contra infieles.

Es imprescindible en este trabajo, introducir unas breves referencias al anticomunismo, no porque fue parte de un debate intelectual con el marxismo criollo en aquellos años, sino porque en esta crónica sobre la izquierda fue una de las dimensiones represivas utilizadas en su contra. El anticomunismo fue una extraña recomposición local del fondo más oscuro de prejuicios políticos, con valores y símbolos de una cultura tradicional, pero con argumentos de la guerra fría, del enfrentamiento Este-Oeste, etc. Fue con los usos del anticomunismo como la dimensión ideológica de la represión, que se realizaron y justificaron los peores crímenes, no sólo contra los comunistas sino contra los militantes de izquierda, y más aún, contra todos aquellos que desde posiciones independientes, fueron capaces de pensar y actuar la ilusión democrática.

Alimentado en el ambiente confrontativo de la guerra fría, vigorosamente estimulado por los Estados Unidos, el Vaticano y otras fuerzas externas, el componente ideológico del anticomunismo definió de inmediato en Centroamérica la diada amigo / enemigo, trazando una línea de exclusión e intolerancia frente a los partidarios del cambio social, de la modernización política o cultural, de las luchas por la justicia social o la equidad.

El anticomunismo fue más allá de ser una ideología política fuerte: se cargó de valores religiosos, reivindicó la familia, la propiedad privada, la tradición, el sentido de obediencia, autoridad y jerarquías y con ellos, identificó no opositores sino enemigos, enemigos políticos.

La cultura autoritaria estableció así una posibilidad automática de descalificar al opositor y definió una relación de peligro colectivo. La sola mención era una forma de acusación permanente, que se volvía de inmediato, culpabilidad innata. Como en el clima de la contrarreforma medieval, el acusado de comunista era culpable por virtud de la denuncia. En los momentos de represión, la policía y el Ejército actuaban como el Santo Oficio, sin apelación. En Guatemala, después de la derrota de Arbenz, con ayuda de la CIA, se compusieron listas de todos los militantes sindicales, campesinos, estudiantiles, intelectuales, etc. Figurar en tal lista era prueba de culpabilidad y castigo. El ejemplo del anticomunismo guatemalteco irradió con fuerza en toda Centroamérica, incluso fuertemente en Costa Rica.⁹ Fue un fenómeno internacional, pero su particular arraigo como parte de la cultura autoritaria cobró originalidad aquí.

Se dice con razón que es una versión atrasada de un pensamiento conservador, porque no fue sólo un producto de la confrontación Este-Oeste, sino especialmente resultado de los componentes que puso nuestra propia cultura política. ¿Por qué razón? Por la exitosa elaboración de la noción del opositor como enemigo, que va de la mano con la de blasfemo, felón, la de traidor. No fue la concepción política del contrincante como competidor, del opositor, del que se enfrenta en el mismo espacio y con reglas de juego compartidas. El anticomunismo tuvo éxito en el clima cultural atrasado de estas sociedades rurales, porque descalifica y hostiga lo diferente, que denostan por "exótico", le teme al pluralismo, busca siempre la uniformidad, no el consenso, etc.

⁹ El ilustre Figueres fue un abanderado anticomunista en el momento en que Arbenz caía acosado por los Estados Unidos, colaborando en la conjura. P. Gleijeses lo menciona en su documentado libro, *Shattered hope...*, op. cit., pág. 119.

La ideología anticomunista no tenía como referente al comunismo como partido, como doctrina, como Estado, sino un horizonte más amplio pero negativo, donde estaban también algunos de los ingredientes de la modernización (la participación política, el pluralismo ideológico, la ciudadanía activa, el igualitarismo, etc.). Ató todos esos diversos elementos para conformar una visión simplista por maniquea de la sociedad: se valió fuertemente de un componente confesional, psicológicamente ofensivo, y lo vinculó en forma de denuncia a una defensa emocional del orden, la tradición. Le importó menos pero formó parte también la denuncia antisoviética, la noción de conjura del exterior, de un peligro no sólo militar sino político para todo el orden nacional, para la existencia como nación. El anticomunismo fue una manifestación de nacionalismo de derecha.

Al mismo tiempo, fue sensiblemente pronorteamericano. Al anticomunismo, la política exterior de este país le dio un fuerte sentido militar, parte de una estrategia de naturaleza guerrillera para poder estructurar la noción de enemigo (del mundo libre) al que se debe combatir y destruir. Trasladado este clima persecutorio a la denuncia política, los militantes sindicales, los intelectuales progresistas, las luchas democráticas, los variados intentos de participación, todo fue considerado sectario y peligroso, subversivo, desordenador, elementos de una conspiración internacional.

Junto a la repulsa a los crímenes del régimen soviético y de sus debilidades, apareció la defensa de la democracia norteamericana, del sistema capitalista, de sus indudables victorias materiales y culturales. Las fuerzas de izquierda quedaron atrapadas en esta manera maniquea de percibir la sociedad, la política, la vida misma. La extrema debilidad del anticomunismo, intrínseca a ese simplismo de su análisis, aunque aparezca como una debilidad de la inteligencia, no nos exime de reconocer, hoy día, que la ideología y la lucha anticomunista ganaron sin duda la imaginación y la voluntad de las masas. Constituyó,

sin duda, la mayor victoria ideológica de las fuerzas del atraso.¹⁰ Fortaleció las posiciones de la derecha política en todas partes, limitó los espacios para la construcción democrática, y en su nombre se justificaron las peores violaciones a los derechos humanos.

El segundo momento de las izquierdas, la radicalización inevitable

El segundo momento importante en la vida de las izquierdas centroamericanas, en los años setenta, aparece como continuación de lo sucedido en los años cuarenta y cincuenta en unos casos o como ruptura en otros, tanto en lo que tiene de éxito como de fracaso. Donde hubo victorias políticas, como en Costa Rica, las izquierdas pudieron expresar claramente un estado de ánimo constructivo en lo institucional-político. Fueron mayoritariamente reformistas. Donde no las hubo y el movimiento popular fue derrotado, apareció la dictadura militar, el Estado autoritario con nuevas excusas y herramientas, como la contrainsurgencia, la doctrina de la seguridad nacional, como versiones del anticomunismo militar. La respuesta fue la insurrección popular desde abajo, como ocurrió en Guatemala, El Salvador y Nicaragua.

¿Liberales avanzados o socialistas democráticos?

En Costa Rica, hablar de la izquierda reformista es sólo una manera convencional de aludir a la existencia de fuerzas políticas cuya voluntad democrática es la continuación de una tradición modernizadora, que se manifestó, como quedó dicho, en la postguerra, cuando fueron sensibles a lo que se llamó la

10. La derrota de Arbenz se hizo en nombre del anticomunismo. La Democracia Cristiana, en sus diversos momentos, fue anticomunista y acusada de procomunista; no ocupó el centro político en el farago de la lucha polarizada que caracterizó el escenario de los años sesenta y setenta. La definición negativa implícita en el anticomunismo creó, unificó poderosamente las fuerzas políticas. Por ello, es bueno hacer la precisión que de ninguna manera las fuerzas de izquierda fueron todas comunistas.

"cuestión social", inevitable en el horizonte de la época. El analista Manuel Solís sugiere que no fueron socialistas democráticos, que sería una calificación proyectiva de hoy día, sino liberales, liberales avanzados que continuaban la tradición liberal que el país tiene y que se magnificó en la llamada Generación del Olimpo, de principios de siglo.¹¹ Fue la percepción de una modernización posible y necesaria con estabilidad y orden. Este "estado de ánimo" ideológico y político se desarrolló como un verdadero proceso de acumulación de experiencias y desafíos en el cuarto de siglo que sigue al fin de la segunda Guerra Mundial.¹²

De la fusión de algunos grupos experimentados¹³ surge en 1951 el Partido Liberación Nacional, cuyo programa constituyó una renovación de las políticas reformistas del período de Calderón Guardia.¹⁴ Estaban ajenos y lejanos del arrebato actual por "apropiarse" de la etiqueta socialdemócrata, que ahora califica y desorienta a la izquierda centroamericana.

11 El trabajo de J. M. Sazazanaza la larga tradición reformista en este país, cf. *Política y reforma en Costa Rica, 1914-1958*. Cn. Debate, Porvenir, San José, 1981. La idea que reproduce este subtítulo se origina en el debate planteado por Manuel Solís en dirección de afirmar que no hay socialdemócratas en Costa Rica sino continuadores avanzados, progresistas, de ideas liberales. Su libro, *Reformismo liberal o socialdemócrata en Costa Rica*. FLACSO, San José, 1992.

12 El ánimo de reformas sociales, en verdad, tiene notables antecedentes, que por razones de espacio no es posible desarrollar. Pero recordemos dos. El Partido Reformista, fundado en 1921 por el general, sacerdote y político Jorge Volio, fue una expresión avanzada e incluso de un pensamiento progresista en el medio intelectual y político del país. En los años veinte también hubo un desarrollo fuerte de anarcosindicalismo, de organizaciones mutualistas, etc. Y en junio de 1931, se funda el Partido Comunista. Marina Volio, *Jorge Volio y el Partido Reformista*, Ed. Costa Rica, San José, 1973; A. Herrera, E. Mora y F. Gamboa, *Apuntes para la historia del Partido Comunista de Costa Rica*, Imp. Eneia, San José, 1968.

13 En 1940 se creó el Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales que reúne a una generación joven extraordinariamente calificada, encabezada por Rodrigo Facio y Carlos Monge, y en 1943 se fundó el Partido Acción Democrática, también con políticos noveles, con José Figueres, Francisco José Orlich y otros.

14 El trabajo de Jorge E. Romero, *La socialdemocracia en Costa Rica*, EUNED, San José, 1982, constituye una excelente fuente de información sobre estos hechos. Del mismo autor, también *Acción Democrática, orígenes del Partido Liberación Nacional*, Ed. Nueva Década, San José, 1983, y *El pensamiento socialdemócrata*, prólogo y selección de A. Carró, Ed. Costa Rica, San José, 1986. La bibliografía es extensa y ello nos exime de la injusticia de no citarla.

El ideario político fue más bien simple en su formulación y se enmarcó con una posición anticomunista, actitud crítica frente a los grupos oligárquicos, un decidido control menor sobre el movimiento obrero, al que tenían a cambio de un apreciable apoyo campesino y de las clases medias rurales: un sentimiento antimperalista que fue debilitándose a medida que la proximidad al poder señaló los riesgos de tal postura. Pero un proyecto político, en perspectiva actual, no puede ser juzgado solamente por los escritos, los programas o los registros que en diversas coyunturas formuló la dirigencia, sino también y especialmente por sus resultados, hechos políticos que se materializan en instituciones, leyes, conductas, cultura material e intelectual, etc. Y de este balance, no importa si fueron liberales avanzados o socialdemócratas.

Ellos, "liberacionistas", se movieron en torno a la posibilidad de reformar las aristas del sistema, a través de métodos de conciliación y libertad, utilizando al Estado como el actor decisivo de esta tarea. Animados por un fuerte nacionalismo, creyeron en la importancia de la distribución de la propiedad y de la riqueza, las virtudes del cooperativismo, el respeto de los derechos políticos de la oposición y la seguridad social para todos, entre otros. El aspecto toral, menos programático que práctico, fue el énfasis en el papel del sector público en el cambio social, con capacidad para intervenir en el mundo privado, incluyendo el de la propiedad si intermedia el interés público. Paralelamente, se propusieron la reconciliación política entre todos los costarricenses.

Ciertamente, este conjunto de propuestas programáticas (¿socialdemócratas?) formuladas en los años cincuenta y sesenta, no se diferenciaba mucho de las ideas que animaron, por ejemplo, al Partido Revolucionario, primero, y luego al Frente Unido de la Revolución (FUR), en Guatemala; o al Movimiento Revolucionario Liberal Hondureño, o al Partido de la Izquierda Republicana y al Partido Liberal Independiente, en Nicaragua. Y más recientemente, en los setenta, a los programas reformistas de la

Democracia Cristiana guatemalteca y salvadoreña. Nunca faltaron en Centroamérica proyectos democráticos con propuestas de crecimiento, pero fueron formuladas en ambientes de intolerancia, bajo dictaduras militares, no incapaces sino incompetentes para abrir el juego político.

Resulta necio insistir en que cualquier experiencia nacional es irrepetible. Con Costa Rica, los desarrollos diferentes empiezan a constituirse desde lo específico de la dominación colonial, luego la naturaleza del capitalista comercial / cafetalero, que nunca dependió del fondo agrario para la acumulación y el dominio político. O el carácter no conflictivo de las élites políticas liberales puesto de manifiesto, por ejemplo, en la conducta de los rivales José Joaquín Rodríguez y Ascensión Esquivel, cuando uno reconoce el fraude electoral y entrega el gobierno pacíficamente al otro, en el lejano 1889. Desde entonces, la debilidad de los conflictos o su brevedad van definiendo un sistema político que primero es estable y sólo así puede ser democrático, tal como aparece desde los años cincuenta.

Las raíces inmediatas del ánimo insurreccional

Donde hubo fracasos para la democratización política, la izquierda democrática se transformó en una fuerza revolucionaria. Hoy día, sabemos más acerca de cómo la crisis política se fue constituyendo en el lapso de dos generaciones. No es la miseria de los pobres, la que se acumula, sino la impaciencia de los intelectuales, de las clases medias, frente a sus reiterados intentos para integrarse a la vida política en igualdad de condiciones. Los pobres son, a lo sumo, sujetos de explosiones de descontento anómico, es decir, espontáneo, inorgánico, de muy corto plazo. La pobreza no explica la violencia sino su potencialidad; son las desigualdades sociales las que importan en coyunturas determinadas. El otro ingrediente lo pone la visibilidad de las diferencias, porque en ellas se apoyan los privilegios escandalosos, las arbitrariedades políticas, la violencia militar.

La condición revolucionaria es más fácil que aparezca en sociedades donde el proyecto de modernización se frustra, porque es exógeno e incompleto. En una sociedad que produce sistemáticamente exclusiones en todos los niveles donde la modernización se intenta, los gérmenes de la desobediencia se activan si hay actores externos que los estimulen y dirijan. Las sociedades atrasadas son más estables porque están mejor integradas que aquellas que empezaron a cambiar desigualmente, donde se quiebran a medias las estructuras tradicionales.¹⁵ El cambio social incompleto, la modernización trunca, como ocurrió en Centroamérica, introduce factores de movilización y expectativas de reivindicaciones modernas en ambientes atrasados. Por ejemplo, la proletarianización campesina, que a la postre sólo fue empobrecimiento mayor, ocurrió también en el medio urbano, provocando un desclasamiento social, sin opciones. Todo esto es fuente de inestabilidad y violencia, de una potencialidad desordenadora, a la que sólo le falta la dirección política.

Lo anterior no es una propuesta de interpretación de la condición revolucionaria, ya que ello excedería los propósitos del trabajo. Se quiere insinuar, sin embargo, el trazado del escenario donde se movieron con éxito los intelectuales populares, jóvenes de clase media (civiles o militares, laicos o religiosos) que, como se indica más adelante, se radicalizaron a tono con la estructura socioeconómica a caballo entre la modernidad y el atraso y con el peso de la cultura del pasado y de la represión militar. Todo eso, junto, define una situación que explica la explosión de las izquierdas en los años setenta.

¹⁵ La percepción de esta anomalía histórica llevó a la CEPA a calificar el desarrollo centroamericano de esta década como un desarrollo aditivo, mientras que el mejor historiador económico de la región, Bummer Thomas, lo llama descentralizado. Véase Víctor Bummer Thomas, *The political economy of Central America since 1920*, Cambridge University Press, Cambridge, 1987. Otros autores ubican el problema en el marco de la teoría de la heterogeneidad estructural, que no es sólo la expresión de desniveles de productividad sino de los resultados culturales de ese desequilibrio. Lo que produce la desorganización social es esa dinámica parsimoniosa, vegetativa, mezclada, que ya no es atrasada, pero no llega a ser moderna. Cf. A. Núñez del Prado, "Heterogeneidad estructural y gestión estratégica", en: M. Alcántara e I. Crespo (ed.), *Los límites de la consolidación democrática en América Latina*, ed. Universidad de Salamanca, Salamanca, 1993, pág. 211.

Todo lo anterior puede resumirse en una percepción a flor de piel, esa inteligencia directa que dan los cinco sentidos: la democracia política pudo ser el sucedáneo histórico de la revolución política. Con algún grado de participación, o un *ersatz* de integración al juego político, los ardores revolucionarios se transmutan en entusiasmo electoral. Sin duda, la explicación exige argumentos superiores al sentido común al que estamos apelando, pero la obviedad es inevitable si se piensa comparativamente entre Honduras y Costa Rica y los otros países, para no salirnos del entorno regional.

Así, en Nicaragua, la dictadura de Anastasio Somoza, vuelta hereditaria por la naturaleza del poder económico, militar y político que concentró, bloqueó toda alternativa para la oposición libero-conservadora, a contrapelo de sus estrechas coincidencias de clase. En este resultado cuenta más de lo que se sabe, la determinación norteamericana... hasta 1979. Aunque ciertamente en el análisis histórico no pueda argumentarse así, ¿qué habría sucedido si no se pierden las oportunidades de recambio que hubo desde la muerte de Anastasio padre, en 1956, o la de Luis Somoza, en 1965? Diez años después, con Anastasio hijo, la dinastía enfrentó la insurrección armada.

En Guatemala y El Salvador, el Ejército construyó un modelo autoritario en los sesenta, de naturaleza *sui generis*, porque lograron resolver al mismo tiempo los problemas de la legalidad del poder y de la sucesión del mismo. Con un anecdotario de novela negra, se organizaron elecciones presidenciales y legislativas periódicas con un juego escogido de partidos políticos, y toda la simbología que acompaña una democracia electoral incipiente. Los militares se aseguraron el control directo de los resultados electorales nombrando generales ganadores y mayoría del partido suyo en el Parlamento.

Este re juego admitió el uso de ciertos derechos políticos para los partidarios y la más cruda represión a la organización y partidos de oposición. Era una participación simbólica sin

representación democrática.¹⁶ Fue una modalidad autoritaria de democracia restringida, que se agotó en 1979 en El Salvador y en 1982 en Guatemala, cuando los tambores de guerra ya habían convocado a la insurrección.

La influencia de la revolución cubana en esta época fue decisiva. Estamos en los años que precedieron al huracán. El ejemplo de una guerrilla victoriosa frente a un ejército profesional, estimuló la imaginación de una generación que tenía razones para creer en la estrategia de la guerra justa. Se tiene la impresión por eso, de que no fue el militante de izquierda quien se dotó a sí mismo de una ideología y de un proyecto, sino que el proyecto y la ideología ya estaban allí, imperativos, a la ofensiva, en el espeso ambiente de la época; fue fácil que prendieran en el ánimo militante, al que lo conformaron y le dieron los estímulos ideológicos en una estructura material que, como se dice más adelante, radicaliza por sí misma.

Ideologías, emociones, programas...

Afirmamos que en Centroamérica, las izquierdas insurreccionales fueron revolucionarias con poca teoría. Es cierto que sin teoría no hay revolución, pero la que estaba en uso, para las masas movilizadas, fue suficiente. Ideas diversas "fermentaron" entre grupos de jóvenes, pequeñoburgueses en su mayoría, con algunos ingredientes particulares. Los intelectuales jugaron un papel decisivo, poco analizado, tanto para fundar grupos como para dividirlos; menos que los aspectos doctrinarios, fueron cuestiones de carpintería estratégica o táctica, puras denominaciones, lo que unificaba, quebraba, alimentaba odios o rencores. Pero, dada la naturaleza de este trabajo, es más importante

16. Estos regímenes militares de Guatemala y El Salvador podrían resultar incómodos, por la fachada "bera democrática. Pero fueron, esencialmente, regímenes contrainsurgentes terroristas, en cuyo interior se incubó la revolución. No dejaron alternativas. Los trabajos de Carlos Figueroa, Carlos Sart, Mario Solórzano, Gabriel Aguilera y otros, describen y analizan con propiedad la naturaleza de esta modalidad autoritaria.

señalar las formulaciones comunes, iniciales y, tal vez por ello, elementales. Más adelante se mencionan los programas con los cuales se fue a la guerra. Por ahora, hagamos una breve síntesis de las ideas generales que estuvieron en la base de la movilización de las izquierdas, que animaron la insurrección centroamericana posterior, desde los años setenta.

Aparece, en primer lugar, la democracia política como reivindicación primaria y elemental. Era la manera más directa de denunciar las exclusiones del sistema y, paradójicamente, de combatir las dictaduras militar-oligárquicas, que con tanta violencia preservaron un orden que la izquierda política y legal decididamente nunca amenazó. Cuando las dictaduras militares no toleraron ni siquiera las victorias electorales de la Democracia Cristiana, en 1974 y 1972 en Guatemala y El Salvador respectivamente, o se perdieron las oportunidades con las sucesivas muertes de los Somoza, ya mencionadas, la gota de agua rebasó el nivel del vaso.

A partir de estas experiencias, que fueron muchas, se alimentó una malformación ideológica, pues las críticas de la izquierda revolucionaria a las insuficiencias de la democracia no buscaron perfeccionar los mecanismos de la participación y representación política, o de los sistemas electorales, etc. Se desencantaron de la democracia política en su modalidad de procedimiento para elegir autoridades y fueron deslizándose hacia un repudio total a la democracia que denostaron como formal. Con razones históricas, la izquierda centroamericana no asumió la lucha por la democracia como una demanda previa e inmediata, sino que pospuso su realización para "después del triunfo". Se convirtió en un objetivo-fase del proyecto revolucionario, en el supuesto que sólo el poder popular podría construir la democracia real, la efectiva que es la democracia social, participativa.

En segundo lugar, -el orden de presentación de estos temas no jerarquiza- fue importante por reiterada la demanda por la reforma agraria, que era por momentos un repudio al sistema capitalista mismo, porque el orden agrario tradicional era la base

de la economía y de la política, fuente de riqueza y prestigio, oportunidad de control de la mayoría, símbolo de una cultura de privilegios y explotación. Marcharon juntas la demanda antidictatorial, en los años que siguen a la postguerra, con el rechazo del status quo en el campo, donde la miseria física e intelectual, el fracaso del desarrollo eran mayores. El hombre de la sociedad agraria, el campesino desposeído, era el representante de la suma de exclusiones que venía produciendo el atraso del campo. Se encontraban así, como explicación y pretexto, el origen de tanto mal y ahí convergieron todas las frustraciones y rencores.

A su vez, la defensa de la propiedad privada, de la tierra, que alimentó la furia anticomunista de esos años, hizo de la lucha política una defensa cerrada del sistema. El tema de la reforma de las tenencias de la tierra fue la piedra de toque de un programa conservador o de uno revolucionario. La Alianza para el Progreso ablandó a comienzos de los sesenta, con su retórica reformista, este punto, que en todo caso nunca pudo ser aceptado por la alianza oligárquico-militar. Sin duda, esta ceguera de la élite produjo -y explica- esa actitud de la militancia izquierdista, que en unos fue gradual, pero en otros produjo un súbito rechazo por el orden social que acusaban de haber desorganizado y empobrecido las vidas de la mayoría.

En tercer lugar, diversas expresiones radicales de antimperialismo, como denuncia del saqueo material o de restricciones a la soberanía nacional. El antimperialismo acompañó desde siempre las modalidades de búsqueda de una identidad nacional. En la literatura centroamericana, las primeras novelas sociales desde los años previos a la primera Guerra Mundial, fueron alegatos, a veces idílicos, contra la penetración de una cultura disolvente. Otras, reproducen la desconfianza o el repudio, no por lo extranjero sino frente a la prepotencia norteamericana. Pero alcanzó su mayor dimensión en las luchas sociales desde temprana hora. Fueron los arduos conflictos laborales en las plantaciones bananeras de la UFCo. donde se inició la organización obrera, la conciencia clasista, la represión antisindical. Así, las primeras

defensas del patrimonio nacional son reivindicaciones frente al capital norteamericano.

Las mayores afrentas a la soberanía nacional se originaron en la política exterior de ese país. Las dictaduras militares se sostuvieron con su reconocimiento. Ya ha sido dicho, ahora, con mayor serenidad. La crítica a los Estados Unidos debe hacerse no tanto por lo que hicieron, como por lo que pudieron haber hecho en favor del desarrollo y la democracia. En los años de la crisis política de los ochenta, apareció aún más siniestra la colaboración del imperialismo, que nutrió con celo de cruzada religiosa a las dictaduras militares: dinero, armas, estrategias. Por ello, la izquierda insurreccional, animada por rechazos diversos, concentró su odio en el imperialismo norteamericano. Los sandinistas fueron los que con mayor empeño lo hicieron. Pero éste, sin duda, fue un componente ideológico que nunca estuvo ausente¹⁷ en ninguno de los programas políticos de la izquierda.

En cuarto lugar, una concepción antisistémica que fue gradualmente radicalizándose, como resultado no sólo de las experiencias de las luchas populares, sino por la lógica misma del pensamiento marxista en su dimensión político-ideológica. Los movimientos sociales, y luego las luchas políticas de la izquierda, enfrentaron primero a la oligarquía terrateniente; sólo posteriormente la contradicción capital / trabajo alcanzó alguna relevancia en las reivindicaciones obreras urbanas. Lo antioligárquico se vuelve antiburgués y, por la dureza de la represión estatal, termina por convertirse en una ofensiva contra el sistema mismo, contra el poder dominante. Las fuerzas populares armadas, exacerbadas sus percepciones por la represión sin límites, desplazan

17 Desde principios de siglo, el antimperialismo fue oposición a la plantación bananera por los privilegios otorgados. No debería olvidarse que tales privilegios fueron acompañados por una ingerencia permanente en la política nacional, siempre en favor de los grupos de derecha. La política exterior norteamericana nunca fue favorable a las fuerzas democráticas y mantuvo en los años sesenta y setenta una vigorosa alianza exclusiva con los sectores más represivos y autoritarios.

su frente de combate y su programa y lo convierten en un proyecto anticapitalista. De la insatisfacción personal se pasa a la crítica colectiva; de izquierda moderada se convierten en revolucionarios activos.

En relación al punto anterior, quisiéramos hacer una brevísima referencia marginal. No han sido objeto de análisis las relaciones de determinación mutua entre factores estructurales y de la cultura política con los mecanismos psicosociales y políticos que operan en la personalidad joven en sociedades donde los mecanismos de la modernización tienen serios déficits operativos. ¿Cómo influye la naturaleza de la estructura socioeconómica de Guatemala, El Salvador o Nicaragua, cuyo dato primario es la extrema polarización multisectorial, visible y chocante, la indigencia extrema junto a una insoportable ostentación de bienestar, en la percepción de la realidad? ¿Cuál es el efecto reactivo, si frente a este 'exceso de realidad' hay que sumar el dato más importante para la constitución de un razonamiento antisistémico, la violencia estatal, el castigo para el que rechaza ese orden injusto; y, paralelamente, podrían agregarse más rasgos negativos, como la falta de oportunidades relativamente iguales, las vivencias de una sociedad sin movilidad social, sin futuro, etc.

Cuando la crisis se acentúa, se produce casi espontáneamente una personalidad radical, tanto a la derecha como a la izquierda. Y en los setenta, estas percepciones se acumularon aún más, exacerbando una cultura crítica que estimuló, por todos lados, las conductas de ruptura. La violencia de la vida social, que se traslada a la política, alimentó a su vez las estrategias revolucionarias. Este despertar fue más inmediato entre la joven "intelligentzia" de clase media, más sensible a las interpelaciones de justicia social, de democracia política, de un futuro distinto, etc. Son estos los valores claves de la izquierda, que explican, de otra manera, el importante papel jugado por lo que llamaremos los intelectuales populares, de la pequeña burguesía urbana, sobre todo. Por eso decimos que la estructura material y los ecos de su cultura producen personalidades radicales, a la derecha y a la izquierda del espectro.

Finalmente, el socialismo como meta: aun los mismos partidos comunistas formularon este objetivo programático con extrema cautela, o tal vez menos que el resto de las organizaciones de izquierda, que la hicieron suya, sin discusión pero con variable precisión. Más que definir qué tipo de sociedad se buscaba fundar, la insistencia estuvo en el tipo de poder que se quería constituir y que se encargaría de hacerla: el poder popular, un gobierno de todos, el Estado de nuevo tipo, etc. En esta demanda, las izquierdas como en muchos otros temas, se dividieron en torno a su referente histórico, la experiencia cubana, la URSS, el genérico mundo socialista. En la definición del socialismo como punto programático se alcanzó una formulación instrumental: la lucha armada, con la convicción que el medio supone el fin. Escogido el medio, la meta queda definida. ¿Cómo la violencia revolucionaria sólo para mejorar al capitalismo? Se perfiló así en el horizonte, una utopía socialista, no un programa socialista, elaborado doctrinariamente.

Hay una imprescindible necesidad de elaborar algo de manera positiva, un paradigma en el que se puede creer, porque se rechaza el conjunto de cuanto nos rodea. La afirmación a través de una esperanza, alimentada por un rencor multitudinario contra tanta intolerancia y tanta impotencia. A contrapelo del sentido ortodoxo que funda en el desarrollo de las fuerzas productivas la potencia socialista, el socialismo centroamericano fue una reacción en el sentido de una manera indirecta de negar al subdesarrollo. Es por ello, una imprecisa referencia intelectual a una sociedad justa, mejor. Una idea moral, una construcción ética.⁸ Algo para

8 Estas afirmaciones deben tomarse en un sentido general: se está pensando en las motivaciones colectivas de las masas. Han habido notables excepciones entre la dirigencia revolucionaria. Por ejemplo, Shafik Handal ha elaborado con cuidado la idea del socialismo como una meta que tiene un preludio democrático de transición. Handal y Vilas, *Socialist option in Central America: two reassessments*, Monthly Review Press, New York, 1993, pág. 35. Orlando Nuñez, *La insurrección de la Conciencia*, ESUCA, Managua, 1989, habla de socialismo como un proceso de transformaciones totales que hay que impulsar para desarrollar relaciones de solidaridad y cooperación, pág. 63. Mario Payeras fue el más importante ideólogo de la revolución guatemalteca, cuyas ideas en *Opinión Política* (varios números) revelan un pensamiento maduro. Desgraciadamente, desde el exilio, no pudo influir entre los intelectuales guatemaltecos.

afirmarse frente a la realidad oscura y sin futuro de este capitalismo que no funciona bien.

Con esto, nos aproximamos a lo que fue la versión más popular de esta reivindicación socialista: lo que la Teología de la Liberación elabora en una tentación sincrética de teología y marxismo. El pensamiento católico hace suya la idea de la liberación del creyente en la tierra, cuando después de la Conferencia de Obispos de Medellín (1968) hace su opción por los pobres, con un sentido pastoral que los vincula a las organizaciones revolucionarias.¹⁹ La noción de socialismo es elaborado de una manera también imprecisa, que corresponde a su rechazo del orden injusto que combaten. ¿El reino de Dios en versión terrenal? El proceso de conversión es tan interesante en el laico como en el religioso; éste, elabora la creencia de que la opción por los pobres es "el signo por excelencia del amor preferencial de Dios" y con ello, la exigencia de que la Iglesia prolongue y continúe en la historia de hoy día la opción de Jesús.²⁰

La crítica del *establishment* la realiza el pensamiento cristiano de manera diversa pero pensando en sus efectos visibles, las masas empobrecidas de Centroamérica, especialmente en el campo. El mensaje religioso tiene un impacto directo e inmediato que produce una dinámica radicalizadora de doble vía. Los pobres tienen derecho al reino de Dios, pero en este mundo tienen que organizarse y luchar. Algunos teólogos, especialmente en Nicaragua y El Salvador, pasaron de la crítica eclesial a la política militante y partidaria. Los procesos de la exégesis de la Biblia

19. Acerca de la opción por los pobres y sus definiciones no sólo como pobreza material, puede consultarse Julio Lois, *Teología de la liberación: opción por los pobres*, DEI, San José, 1986, págs. 105 y 112, entre otras.

20. De nuevo, la bibliografía sobre este tema es muy abundante y el Departamento Eclesiástico de Investigaciones, DEI, ha publicado abundantemente sobre el tema. Me parecen importantes, para el tema específico de la izquierda religiosa, *Centroamérica: cristianismo y revolución*, DEI, Cuaderno No. 4, que contiene declaraciones del LGR de las FPL de Fidel Castro y otros dirigentes sobre el tema; Pablo Richard, de sus muchas publicaciones, *La fuerza espiritual de la iglesia de los pobres*, prólogo de Leonardo Boz, DEI, San José, 1987; y Julio Lois, *Teología de la liberación*, op.cit., etc.

y otros textos, convirtieron a masas enteras de campesinos y otros laicos urbanos en militantes de la revolución.²¹

La praxis de las izquierdas se enriqueció con esta notable contribución espiritual y política. No han sido valorizados aún, de manera integral, los aportes que algunos sectores de la Iglesia centroamericana dieron a las luchas populares. La izquierda católica constituyó una contribución emocional e ideológica poderosa, junto a la izquierda marxista, tal vez la más decisiva por sus variados matices. No puede dejarse de lado, también, la fuerza de la izquierda democrática radicalizada, formada en su mayoría por intelectuales jacobinos, esos que llegaron tarde al marxismo pero que con pasión venían luchando por la democracia y la libertad. Por su consecuencia política, terminaron luchando por la revolución. Hubo también, como en todo tránsito, muchos efímeros, compañeros de viaje que se bajaron rápido del tren, a veces, olvidando hasta el equipaje.

Escenarios políticos, itinerarios ideológicos de la izquierda armada

El escenario político se fue modificando adversamente desde comienzos de los años setenta, sin que la élite gobernante percibiera las evidencias de la tormenta.²² Los síntomas de la crisis no llegaron de súbito en ninguno de los tres países, aunque con desarrollos distintos. Fue común la violencia que la

21 La interpretación de la Biblia la exégesis sagrada tuvo un recorrido creativo en el interior de las comunidades de base. En el momento final de este discurso teológico-político, aparece claramente el compromiso del pobre, motivado ideológica y políticamente, porque a través de la palabra de Dios encuentra justificación para su propia liberación. Véase el notable trabajo colectivo Andrés Bello: *Apuntes para una teología nicaragüense*, coedición del Centro vaticano-esc del Instituto Histórico Centroamericano y del DEI, San José, 1981, págs. 80-81.

22 La escena política refiere a las modalidades concretas de actuación / representación de las fuerzas sociales en pugna, normalmente a través de los partidos políticos, a veces por medio de la acción gremial o corporativa, con métodos electorales, competencia abierta que admite clientelismos o conductas patrimoniales. Pero nunca con violencia. La democracia liberal define un escenario que asegura un juego previsible de todos los actores y fue esto lo que no ocurrió en Centroamérica.

dictó el status quo y su feroz permanencia. El Estado se hizo cada vez más puro poder militar y la democracia liberal que, cuando define el escenario, asegura un juego previsto de antemano para todas las fuerzas políticas, no funcionó nunca. Según nuestra apreciación, antes del estallido de la crisis, la escena política estuvo dominada por fuerzas sociales que no buscaban cambiar al Estado sino al gobierno.²³

Los escenarios de la lucha revolucionaria están ahora calificados por elementos de subversión múltiple: nuevos sitios (los atrios, las embajadas, la Universidad, la montaña); nuevos actores (campesinos, desempleados, indígenas, etc.); otros métodos (la violencia armada, la insurrección urbana, la huelga general, etc.); otras voluntades (la pasión, el odio, la lógica de la muerte, la violencia del hermano / enemigo).

El sujeto popular revolucionario: nuevo actor

La vieja contradicción "pueblo / oligarquía", por mucho tiempo utilizada por intelectuales contestatarios, que expresaba una percepción a veces literaria de status contrapuestos, otras, con una cierta carga de resentimiento social, cambió de sentido. Hemos hablado ya de la oligarquía, pero no del pueblo. Este, era una categoría política que designaba un conjunto ambiguo, socialmente indeterminado, utilizado para hacer la representación política de intereses ausentes, en la época anterior, del "substitucionismo", cuando eran los estudiantes los que pedían la reforma agraria. En esta percepción, la "oligarquía" eran los ricos, los blancos, los que tienen poder, prestigio y dinero y tienen a su servicio abogados, militares y periodistas.

23 Las crisis políticas que precedieron a la crisis revolucionaria de los años setenta, tuvieron como interlocutor un régimen político militar y autoritario. Es decir, que no dialoga ni pacta. Fue ese factor cultural lo que impidió reiteradamente que la escena política se ampliara para dar cabida a aquellos actores que se resistían a ser sólo el público de su propio drama. Y que pugaban por vías legales y pacíficas su derecho a escribir el libreto o producir el parlamento, que por fuerza de las armas se había convertido en monólogo. E. Torres-Rivas, "Escenarios, sujetos, desenlaces", en *Centroamérica, la democracia posible*, ED. UCA-FLACSO, San José, 1987, pág. 118.

Cuando la violencia de los dominados se hace presente, la contradicción se altera, porque la categoría "pueblo" sufre una metamorfosis radical. Las masas armadas hacen su aparición en ese escenario del que hablamos: la lucha política se vuelve insurgencia, cuando los indígenas, los campesinos mestizos, la gente sin oficio, aparecen en esta historia, ametralladora en mano. Esta no es una apelación al lenguaje simbólico, sino la referencia de una situación real. El carácter de clase de las luchas sociales y políticas no aparece definido claramente. Se trata de movimientos de protesta de naturaleza multclasista y dispersos ideológicamente en el inicio, que se valen de diversas formas de lucha para enfrentar, ya no a la oligarquía sino al poder del Estado mismo.

En los análisis de esa época se habló de la constitución del sujeto (movimiento) popular revolucionario. Su construcción teórica en los años setenta presentó algunas dificultades de comprensión a partir de la heterogeneidad social de estas sociedades, pues no fue el proletariado ni su partido natural los que encabezaron la revolución. Fueron fuerzas de izquierdas anómalas en la óptica de la exégesis textual. Entonces, ¿cómo proceder rectamente en sociedades donde el campesino es mayoritario y está prensado, por un lado, entre la economía de autoconsumo cada vez más difícil y, por el otro, por su incorporación incompleta al mercado de trabajo? Y en sociedades donde el proletariado no sólo es pequeño en número y sin ninguna tradición de organización permanente, corporativa o política; se trata de un proletariado urbano de origen rural reciente, que se mueve en un océano vivencial de subocupados o desocupados plenos, que pernoctan en una economía de sobrevivencia, marginales, informales porque no tienen oficio conocido, el lumpen del subdesarrollo, etc. ¿Cómo articular a la lucha política a ese enorme sector de pobres urbanos, desclasados, que experimentan las diversas modalidades de existencia social de su pobreza, sin experiencias o disciplina orgánicas; o con lealtades ideológicas difusas, etc.?

En el interior de este abigarrado mundo social, con multitudes donde el descontento profundo se genera por causas diversas y con expresiones distintas, aparecen y se sitúan lo que hemos llamado los intelectuales populares, los cuadros salidos de las clases medias, de las universidades, de los partidos comunistas y demócrata-cristianos, de las filas laicas y religiosas de la Iglesia católica y protestante. Fueron radicales, ejecutores de una violencia imprescindible, militaristas, convencidos de la estrategia de una guerra justa, que improvisaron exitosamente todo, por un cierto período de tiempo. Fueron militantes ejemplares, expresión en estado puro de un voluntarismo político. En muchos casos, su lectura del marxismo fue superficial; en otros, hubo exceso, indigestión en clave eurocéntrica; ella les sirvió, sectariamente, para leer la realidad eminente que buscaron cambiar.

Los sectores sociales arriba descritos, vivían su condición de pobreza identificándose como "los de abajo", compartiendo en diverso grado -campesinos, trabajadores urbanos, subocupados, sectores medios bajos, etc.- no la misma condición económica pero sí una parecida subordinación social y política. Fue ejemplar como la incorporación a la lucha, y la experiencia de la represión compartida, hermana, empuja las identificaciones primarias. Se sumaron también grupos o individuos de la mediana burguesía, verdaderos desprendimientos de los sectores dominantes; la amplitud del frente revolucionario fue decisivo en Nicaragua, con casos aislados en El Salvador, inexistente en Guatemala.²⁴ Frente a todos ellos, la violencia militar no discriminó. Recuerdese que en los momentos finales de su agonía política, Somoza II ordenó bombardear las fábricas de sus opositores, en una conducta que reveló, por si hacía falta, su carácter preburgués.

24 La presencia diferencial de tales "desprendimientos" sociales en estos países no explica los diversos grados de éxito y fracaso de la insurrección popular, pero sí la calidad del escenario político en el que se procesó el conflicto. Mucho se ha hablado de la amplitud del frente anti-dictatorial nicaraguense, dato que no está ausente a la hora de explicar la naturaleza ambigua de las políticas del sancionismo hecho gobierno.

Ideologías de lo político-militar

Han quedado sumariamente presentados líneas arriba, los orígenes ideológicos de la izquierda centroamericana, cuando gradualmente las luchas por la revolución²⁵ sustituyeron a las luchas democráticas. Los componentes ideológico-políticos que movieron a las masas, a los cuadros, a las organizaciones a la revolución constituyeron un itinerario de múltiples senderos y momentos. Recordemos que la conciencia política no “brota” espontáneamente, nunca en condiciones de normalidad. Es un acto intelectual, gradual, y muchas veces aislado, condicionado tanto por experiencias personales directas como por situaciones estructurales compartidas. Siempre ha sido un factor generador de cambios de mentalidad, los componentes simbólico-culturales, las influencias intelectuales, el particular efecto de lecturas, de libros-de-ideas sin duda, todo lo cual no estuvo ausente.

Pero pueden ocurrir mutaciones básicas en el conjunto de estas experiencias. En las condiciones de los años posteriores a la revolución cubana, especialmente en la década de los setenta, asumir una posición revolucionaria llegó a ser una decisión colectiva con rasgos de urgencia, de marcado contenido emocional, en grupos afines por circunstancias de la coyuntura, ratificada más por la práctica política inmediata, que resultado de un entrenamiento intelectual. Para sentirse de izquierda y actuar en consonancia, no fue necesario pasar por la Escuela de Cuadros. Así fue como se incorporaron decenas de miles de campesinos, gente de oficio como los llama Vilas²⁶, desocupados, obreros, estudiantes, etc.

25. A propósito de esto, mucho de lo que dice Jorge G. Castañeda sobre Centroamérica, o es cierto parcialmente o es superficial. Su magnífico libro lo es por la síntesis que propone y por haberse tomado el trabajo de investigar sobre las intrigas de la izquierda latinoamericana. La bibliografía que maneja sobre este punto de la dispersión ideológica es completa. *Chile utopía desarmada: intrigas, dilemas y promesas de la izquierda en América Latina*, J. Moritz Ed., México, 2a. reimpresión, 1994, esp. cap. VI y VII.

26. Carlos Vilas hace un recuento completo de los grupos sociales, sus orígenes clasistas, los que participaron en el alzamiento sandinista, ver: *Feriles de la revolución sandinista*, Premio Casa de las Américas, La Habana, 1985 (varias ediciones y fechas).

El FSLN sólo creció masivamente en los momentos previos a la insurrección urbana²⁷; en Guatemala, la profunda crisis política de marzo/abril de 1962, frente al gobierno de Ydígoras, convirtió a la Federación de Estudiantes de Postprimaria en una incontenible cantera de cuadros guerrilleros.²⁸ Aún más impetuoso fue el apareamiento de las organizaciones guerrilleras en El Salvador, entre 1976/79.²⁹ En resumen, la crisis política altera las condiciones para la adhesión revolucionaria, que deja de ser un acto intelectual, individual y consciente. A su vez, la incorporación masiva de simpatizantes, el crecimiento de la militancia, el surgimiento -y no sólo por carioquinesis política- de organizaciones revolucionarias, acentúa la crisis porque la extiende en el ámbito del sentido común.

Es innecesario intentar una propuesta de síntesis de tantos y tan variados rasgos ideológicos, programáticos o teóricos, en tanto algo se ha dicho anteriormente. Las fuerzas sociales en este límite de los años setenta, límite que no es temporal sino político, fueron convocadas para hacer la revolución. Y así, varios aspectos aparecieron vinculados en el debate de la época: la lucha armada como forma (exclusiva) de lucha, o como el camino de la revolución; privilegiar entonces lo militar sobre lo político, o ambas en una síntesis donde terminó por ganar lo primero; la política de alianzas, pero ¿con quiénes, cómo, para qué?; la guerra popular prolongada, la insurrección urbana, las huelgas obreras; las luchas de masas como privilegio de lo ortodoxo-político, etc. Fue entonces

27 S. Ramírez, *La marca del zorro*, Mondadori, España, Madrid, 1989, pág. 34. Entrevista a Dora María Téllez en *Pueblo en armas*, de M. Harnecker, ERA, México, 1984, pág. 61.

28 La decisión de incorporarse a la lucha armada fue masiva, desordenada, con un ímpetu que sobrepasó toda posibilidad orgánica. El momento de la revolución no espera. Cf. Alvaro López, "La crisis política y la violencia en Guatemala en *Diez años de insurrección en América Latina*, v. Bambirra (ed.) Ed. PLA, Santiago, pág. 107.

29 Son muchos los textos donde se describen estos fenómenos. Citamos como ejemplo uno reciente y extraordinariamente documentado, Daniel Pereira, *Del Moncada a Chiapas: historia de la lucha armada en América Latina*, Los libros de la Catarata, Madrid, 1994, pág. 170 y sigs.

que se bautizaron con el nombre, que ahora suena ambiguo, de organizaciones político-militares.

Los aspectos prácticos de este debate, que dividió, unificó, fraccionó de nuevo y finalmente formó frentes, tiene más importancia que las verdaderas dimensiones teóricas. ¿Por qué razón? Porque los revolucionarios centroamericanos, casi sin excepción, convencidos de la profunda emocionalidad de la aporía patria o muerte, convirtieron la revolución en guerra, las dimensiones políticas en aspectos militares, la democracia interna en jerarquía vertical, la fidelidad ideológica en disciplina orgánica y ésta, en lealtad personal. En esa perspectiva, no fueron pocos los fusilamientos y las muertes internas, verdaderos asesinatos a la luz del código penal. La izquierda armada abandonó, por momentos, muchos de los valores políticos, éticos, conceptuales de la mejor tradición revolucionaria.³⁰ Alimentó disidencias.

Las fuerzas que participaron en las luchas de los ochenta, tuvieron sin duda diversos niveles de conciencia y cultura política, pero sobre todo, percepciones genéricas comunes que unificaron su voluntad práctica. En esta circunstancia histórica, que no se repite casi nunca, reside la fuerza de la movilización popular.

Los programas de las organizaciones guerrilleras, o político-militares, como propusieron autocalificarse, contienen una extraordinaria variedad de formulaciones acerca de metas, objetivos, métodos, que terminan por definir de manera aún más dispersa el tipo de sociedad que se quiere construir.³¹ Tienen en común el rechazo total de la diversidad de sociedades que combaten.

30. Es este un aspecto particularmente sensible, que no ha sido suficientemente considerado en las crónicas de la guerra revolucionaria. Las luchas internas llenas de descalificaciones, las deslealtades, las expulsiones, los fusilamientos, los castigos etc., que se autoinfligieron a las izquierdas armadas, seguramente forman un repertorio inevitable de este fenómeno colectivo. Pero deben ser, por lo menos en oportunidad como ésta, señalados como un componente que pervierte los ideales en el combate por un mundo mejor. La Comisión de la Verdad, en El Salvador, señaló que por lo menos un 10% de las violaciones a los derechos humanos fueron cometidas por el FMLN.

31. Las variaciones programáticas del FMLN, entre 1979 y 1991, admiten, por lo menos, cinco denominaciones como lo establece el lucido ensayo de Rafael Guido Béjar "El tiempo del adiós" en *Polémica*, No. 15, 2a Época, San José, 1992.

Los puntos de partida son elementalmente semejantes, pero las historias de los tres países condicionan de manera diversa los elementos comunes, lo que explica el sesgo antidictatorial, el frente amplio, en Nicaragua; la naturaleza prolongada y profunda del etnocidio en Guatemala; o la crudeza de la guerra civil en El Salvador, lo más próximo a una lucha armada de clase.³² Las estrategias brutalmente represivas que definen la contra-insurgencia, que, como hemos dicho, contribuyeron más que ninguna otra condición a la radicalización de la protesta, produjeron caminos y resultados diversos. Mencionemos brevemente, las tres experiencias ideológicas de la izquierda revolucionaria en los ochenta.³³

La más rica y contradictoria de tales experiencias es la del Frente Sandinista de Liberación Nacional, que se resume como un proceso de decantación ideológica y programática, desde las expresiones doctrinarias después de la Jornada de Pancasán hasta los efectos políticos de la toma del Congreso Nacional. A medida que se aproxima la victoria, se modifican las alianzas y los compromisos y el momento de la toma del poder fija una estrategia que se va desdibujando, de hecho, a lo largo de su problemático ejercicio.

En la Plataforma Político-militar³⁴ el FSLN declara abiertamente su condición marxista-leninista, de la mano con el

32 La literatura sobre estos aspectos tiene tanta emoción como falsia. Citemos como prueba de una distancia apropiada para analizar la emoción de las cosas, dos de los libros más completos sobre la política centroamericana de esos años: James Dunkerley, *Power in the isthmus, a political history of modern Central America*, Verso, London, 1988, especialmente cap. 7, 8 y 9, y Alain Rouquier, *Guerre et país en Amérique Centrale*, Seuil, Paris, 1992. Hay otros, sin duda, y habrá muchos más.

33 Tal vez es necesario reiterar que esta no es una historia de las luchas sociales ni una crónica de la guerra. La Soamente es una reflexión sobre los momentos de vigor y decadencia de las organizaciones y de los hombres de izquierda, de sus ideas, de sus conductas.

34 *Plataforma General Político-militar del FSLN, para el triunfo de la revolución popular sandinista*, 1977. Las referencias a las posiciones iniciales y los cambios sucesivos en la estrategia de la revolución aparecen, entre otros, en: M. Harnecker, *Pueblos en armas. Guatemala, El Salvador, Nicaragua*, ERA, México, 1984; J. Wheelock, *Frente Sandinista, hacia la ofensiva final*, Ed. CC.SS. La Habana, 1980; H. Ortega, *Sobre la insurrección*, Ed. CC.SS., La Habana, 1981; Carlos Núñez, *Un Pueblo en armas*, Secretaría de Propaganda y Educación del FSLN, Managua, 1981; H. Ortega, *50 años de lucha sandinista*, Managua, 1978; C. Turnheimann, *El pensamiento político de la revolución popular sandinista*, Ed. Ministerio de Educación, Managua, 1983.

pensamiento de Sandino pero con un compromiso explícito con un orden socialista a construir. Las tres tendencias, unificadas de prisa, no discrepaban en este punto, aunque sí en la capacidad para producir alianzas e incorporar a nuevas fuerzas sociales, en donde los terceristas revelaron para el FSLN una dirección madura y competente. El Pacto de Puntarenas, firmado pocos días antes de la renuncia de Somoza, es virtualmente un programa de gobierno, dirigido a establecer condiciones democráticas y pluralistas, situar al Estado como eje del crecimiento económico, expropiar los bienes acumulados por la dictadura y sus servidores y mantener una política internacional independiente. Fue el momento en que las alianzas con las fuerzas políticas de la burguesía media y otros sectores ampliaron el frente antidictatorial.

Durante los primeros años de gobierno, el FSLN mantuvo los tres principios que resumen su orientación toral, el pluralismo político, la economía mixta y la política de no alineamiento. Aquí, no es posible realizar un balance de resultados y registrar las circunstancias históricas que hicieron imposible mantener una orientación conforme tales principios, pero sobre todo, la batalla por la justicia social. En una inevitable simplificación, sólo restaría indicar que bajo el efecto perverso, múltiple, complejo de la pesada herencia del somocismo y de la guerra, el terrible desgaste que "la contra" se encargó de hacer por los norteamericanos, los severos desaciertos de la conducción sandinista, la crisis económica internacional y hasta varios desastres naturales, la sociedad entera entró en una profunda descomposición. La economía impuso límites infranqueables a la política y esta arruinó más a aquella.

Después de 1987, fue evidente que la oferta que justifica y explica la razón íntima del sandinismo, de una sociedad mejor y más justa para Nicaragua, había fracasado. El FSLN inició un proceso de erosión (¿rectificación?) ideológica a lo largo de este período aplicando una política económica claramente en contra de las grandes masas de pobres y una estrategia de compromisos declinantes, en el marco de Esquipulas II, que llevaron al pacto de Sapoá. El suicidio del compromiso ideológico fue inevitable,

doloroso y desconcertante. Reveló, en todo caso, un exceso de realismo político. Las urgencias de lo pragmático no tuvieron límite previsible.³⁵

El recorrido ideológico de la revolución salvadoreña tiene múltiples entradas y más salidas aún, porque son varias las organizaciones que formaron el FMLN y porque ninguna de ellas renunció a sus programas particulares. El compromiso con la revolución lo realizan, en los setenta, numerosos sectores: como un acto de fe, seglares y sacerdotes católicos; con rencor y rabia de clase, sindicalistas o dirigentes políticos; llevados por una raíz intelectual y ética, los estudiantes de clase media, etc.³⁶ En esta historia, no puede olvidarse la importante presencia activa, violenta, animada por rencores destructivos, de los sectores sociales desclasados de San Salvador. Como se dijo en otra sección de este trabajo, el lumpen del subdesarrollo no necesitó del marxismo para incorporarse a la pelea.

En un movimiento repleto de fraccionamientos internos, debates, sectarismos, expulsiones y hasta muertes, se formaron las cuatro organizaciones que concurren a la formación del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional. Pero, a contrapelo de las diferencias más ideológicas que teóricas, todos se reconocen marxistas a comienzos de 1980.³⁷ Sus posiciones programáticas

35. Por circunstancias sin duda difíciles, con muchos virajes, Lenin fue calificado por uno de sus biógrafos como un oportunista con principios. En la experiencia de FSLN y de conjunto de los nueve ocurre todo lo contrario, pero aún espera la revolución un merecido análisis, que debería empezar por calificar si esta fue, en efecto, una revolución.

36. Al examinar el origen de la dirigencia revolucionaria, Rouquié afirma que se vuelven contra el *establishment* los hijos que salen del mismo: ex democrata-cristianos, ex sacerdotes, ex militares, estudiantes y profesores de la Universidad, los cuadros de las cooperativas, de las comunidades de base, etc. Guerre et al., op. cit., pág. 133.

37. Véase Comandante Marcial, *La lucha de clases, motor del desarrollo de la guerra popular de liberación*, Ed. Enero 31, San Salvador, 1982; Marta Hamecker, *Con la mirada en alto, historia de los FPL*, UCA Ed., San Salvador, 1993; M. Hamecker, *Pueblo en armas...*, op. cit.; F. Cienfuegos, *Vereadas de la audacia, la historia del FMLN*, ed. Roque Dalton, México, 1979; Jorge Shafik Handal, *Solo el socialismo puede sacar al Tercer Mundo de su problemática*, Ed. Liberación, s/f. La literatura es abundante y son imprescindibles varios números de la Revista *Estudios Centroamericanos*, UCA, San Salvador, etc.

no fueron obstáculo para alcanzar "la unidad en la guerra", primero al crear la Coordinadora Revolucionaria de Masas, en enero de 1979, luego el Frente Democrático Revolucionario en abril, y finalmente, el FMLN en octubre de ese año.³⁸

El análisis de los documentos de cada una de las organizaciones político-militares es tan importante como los que produjo el FMLN, como organización. Tales documentos revelan diferencias militaristas y doctrinarias, como las que separaron, por ejemplo, al secretario general del PC, Jorge Shafik Handal, y al ex secretario de ese mismo partido, Cayetano Carpio, comandante de las FPL, que repitieron el síndrome de ruptura de la "revolución en la revolución" que estimuló Cuba a través de Debray. Se produjo un espacio largo de coincidencias tácticas y diferencias programáticas, en el que cupieron cómodamente todos mientras se prolongó el conflicto. El manejo de conceptos, consignas y lugares comunes infestó el imaginario revolucionario, que se mantuvo mientras lo más importante era derrotar al enemigo.³⁹ Como veremos más adelante, la lógica de la paz rompió las coincidencias de la guerra.

Finalmente, encontramos en la izquierda guerrillera guatemalteca, momentos diversos de una larga caminata, inevitablemente contradictoria y que reprodujo con fidelidad trágica el debate, ahora clásico, que introdujo la revolución cubana: el que se dio tempranamente en el interior de los partidos comunistas. Aquí, entre la dirigencia histórica del PGT y los cuadros juveniles de incorporación reciente (1962/66) en el seno de una efervescencia revolucionaria, radical, de ese momento, y que recuerda

38. El comandante Marcia confiesa "que no se estudiaron las diferencias de enfoque, las diferencias políticas [...] para alcanzar la coincidencia en los métodos de la lucha militar" (Marcia, *op. cit.*, pág. 90). El FMLN nunca alcanzó la unidad orgánica, ni se le propuso, como ocurrió con el FSLN, pero en cambio logró una dirección político-militar notable por sus efectos prácticos que sólo tardamente se tuvo en Guatemala.

39. Véase M. Lungu, *El Salvador: en los 80, contrainsurgencia y revolución* (EDUCA-FLACSO, San José, 1990). Es este un ensayo lleno de información sobre los aspectos doctrinarios, desde una posición de simpatía por la revolución. Es también un ejemplo del análisis ideológico que impregnó las ciencias sociales en estos años.

cómo los partidos comunistas no eran partidarios de los métodos violentos de lucha, porque éstos, sustitúan la lucha de masas.⁴⁰

El primer rasgo ideológico de la izquierda guerrillera guatemalteca es que estuvo inicialmente encabezada por oficiales del Ejército, un grupo de "rangers" entrenados en Estados Unidos y que formaron el MR 13 Noviembre, y que se movieron de la insubordinación nacionalista⁴¹ a un izquierdismo campesinista, luego al troskismo y, finalmente, al marxismo castrista. El periplo ideológico fue superficial pero ejemplar. Luego, vino la primera ola guerrillera (1964/69), derrotada, que se rehace bajo la misma generación dirigente pero con nuevos métodos.⁴² La bandera del socialismo animó claramente estas luchas, pero como una mención de estrategia a futuro y no como una causa movilizadora. Cuando se produce la unidad programática (y una inicialmente difícil coordinación militar), la sociedad socialista como objetivo desaparece del programa de la izquierda armada. En los cinco puntos del documento de constitución de la URNG, dos se

40. El Programa de PGT de ese momento llamaba a la revolución nacional como resultado de la asimilación política de la derrota popular que ocasionó la caída de Arbenz. Una estrategia de ese tipo era políticamente correcta pero resultó oportuna después de 1962, cuando el ambiente insurreccional se fue crispando cuando una fracción del Ejército, el 3 de noviembre de 1960, se levantó contra el gobierno derechista del general Indigoras Fuentes. Los grupos juveniles levantaron las banderas de la guerra revolucionaria, descolgando políticamente a la dirección comunista.

41. El régimen de Indigoras Fuentes participó en los preparativos de la invasión a Cuba y, sin consultar con el Ejército Nacional, permitió la presencia y el entrenamiento de una fuerza militar extranjera. Casi un tercio de la oficialidad de las Fuerzas Armadas protestó y se insurreccionó el 13 de noviembre de 1960, provocando una grave crisis política. Un grupo joven de esa oficialidad no se rindió, se mantuvo en la región de Izabal y entraron en contacto con militantes de izquierda. Los líderes de este grupo, MR 13, Marco Antonio Yon Sosa, Luis Tercios y otros murieron en la lucha.

42. Resulta de gran utilidad el libro de Timothy P. Wickham-Crowley, *Guerrillas and revolution in Latin America, a comparative study of insurgents and regimes since 1965*, Princeton University Press, Princeton, 1992. Dedicó notables análisis a la estructura de apoyo campesino a la guerrilla, sus motivaciones y propone comparaciones entre la primera y la segunda ola revolucionaria, cap. 9 y 10. También la califica así el texto de J. Castañeda, *La utopía desarmada*, op. cit., pag. 138 y sigs.

refieren a la futura construcción de un gobierno popular, democrático y revolucionario, y de una sociedad justa y mejor... Como una fórmula seca, sin emoción, rutinaria.

El segundo rasgo, en esta segunda época, a finales de los setenta, es que las tres organizaciones de izquierda armada (el EGP, ORPA y las FAR) mantuvieron una cierta búsqueda por alcanzar una expresión doctrinaria, sin lograrlo. Son abundantes los documentos que fijan su posición y su oferta, pero tienen un carácter panfletario, propagandístico; es una izquierda pobre teóricamente. Como quedó dicho, se reconocen marxistas, aunque fueron las FAR quienes mejor tuvieron una clara definición en ese aspecto.

El EGP y luego ORPA, elaboraron modalidades originales de interpretación de la sociedad guatemalteca. Esta última estuvo animada por una obsesiva necesidad de comprensión del racismo y de las reivindicaciones indígenas, pero no elaboró una estrategia para la lucha social. En cambio, el EGP no sólo abordó conceptualmente el tema de las relaciones ladino-indígenas sino que tuvo más éxito en la incorporación de estos a la lucha armada.

No es posible detenernos a examinar las consecuencias humanas, intelectuales y políticas que ha significado la experiencia de los indígenas guerrilleros en Guatemala.⁴³ Ellos, como etnia, han sido incorporados por la fuerza de las circunstancias, a la vida política del país. La movilización indígena de aquel momento, lograda a través de la organización campesina CUC, no reivindicó intereses clasistas sino étnico-culturales, lo que enriquece una perspectiva programática de la izquierda guatemalteca, tarea pendiente de hacerse en una perspectiva que va más allá de la derrota experimentada en 1982/83.

43. Contamos, afortunadamente, con el libro de Yvon Le Bot, *La Guerre en terre maya. Communauté, violence et modernité au Guatemala (1970-1992)*, Ed. Karthala, Paris, 1992, insuperable, que propone una interpretación de la conversión religiosa a revolucionaria en el interior de las comunidades indígenas. También, pero en un sentido distinto, el trabajo de David Stoll *Between two armies: the indigenous of Guatemala*, Columbia University Press, New York, 1993. Propone una interpretación parcial, injusta sobre las causas del genocidio guatemalteco.

Segunda parte

Las izquierdas postbélicas en Centroamérica

"Cualquiera que crea que ha firmado un contrato de arrendamiento del futuro está en una posición peor que quien se imagine que se le han pedido que sea el guardián de lo que ya existe. Sin embargo, las pérdidas del intelectual de izquierda pesan más porque la meta final que se proponía, y que se convirtió en una simple ficción, no se regía por el dictado de la realidad, sino por el signo de la esperanza."

H. M. Enzensberger

Situados a la mitad de los años noventa, los actores políticos de la sociedad centroamericana se mueven en un escenario que cambió muy rápido y sustancialmente; y en su interior, las fuerzas de izquierda empujadas por la inercia, a un rumbo incierto. No siempre transcurren así las cosas en la historia, pero esta vez bastaron tres quinquenios para que ocurrieran mutaciones en los parámetros de la política que se venía ejecutando. La fuerza de los cambios externos fue decisiva en la medida en que fue universal. De hecho, la revolución centroamericana, si por un momento puede hablarse así en referencia a cuanto ocurrió en los años precedentes, resultó extemporánea. Los cambios en la periferia ocurren a destiempo, pero a veces se acompañan con la dinámica y la dirección de los grandes acontecimientos, que es lo que ocurre en los países centrales.

En las páginas que siguen se analizan esos cambios en la perspectiva que origina estas reflexiones, la cuestión que nos inquieta, es decir, la salud de las fuerzas de izquierda en esta época de utopías concretas, en que las referencias básicas han cambiado. La alternativa vuelve a ser la misma, a pesar de la magnitud de los cambios, una vez aceptada la verdad de la vida social, pero esta vez, de manera invertida: el capitalismo no resuelve los problemas de nuestras sociedades, ciertamente, pero frente a la economía de mercado parecen no haber alternativas. Las diferencias aparecen

en el interior de una silenciosa revolución conservadora, denominación que apunta a un conjunto de políticas y resultados que se vienen realizando desde hace más de una década, y aunque no corresponden exactamente a un proyecto explícito de fuerzas políticas dotadas de voluntad y razón bien articuladas, en el mediano plazo, los resultados tienen una coherencia discernible en una cierta dirección.

Se habla de revolución para llamar la atención más por los resultados que por los propósitos. Es una referencia con claro sentido figurado, ciertamente más próximo a la noción de cambio social gradual que de una mutación político-social. Pero en estos años, se aprecia un movimiento en que la sociedad centroamericana pareciera estar animada por una dinámica que se traduce en la irrupción de nuevas formas en la actividad económica, otra configuración de la vida política, un distinto perfil de la estratificación social. Se experimenta en el plano cultural un cosmopolitismo exacerbado, que tiene sus límites en las formas del consumo y en las aspiraciones narcisistas de la élite, ahora más distante que nunca. No es sólo una experiencia de actualización, o de adaptaciones inevitables por el retraso histórico que impuso la crisis. Suponemos que en todo esto hay algo más.

Lo cierto es que, en cualquier caso, las izquierdas centroamericanas, en trance de un cambio de piel, para ajustarse a la renovación profunda que ocurre en el medio político en el que intentan sobrevivir, no hacen frente a una restauración reaccionaria de las fuerzas más nefastas de la oligarquía, que se derrotaron en el vértigo de la crisis, sino a un proyecto de cambio dirigido por fuerzas políticas conservadoras, pero con referentes de modernidad.

Se trata de un movimiento que está animado por dos dinámicas estructurales cuya sinergia no es azarosa. Una, es la que ha sido provocada endógenamente por la manera como los conflictos violentos locales de los años ochenta se realizaron y como fueron resueltos. Otra, de origen exógeno, corresponde a los efectos de la reorganización del orden económico, político y militar y, en especial, los que producen la manera como terminó el conflicto

Este-Oeste, es decir, el fin de la guerra fría y, con beneficio de inventario, el triunfo equívoco de la democracia liberal y del mercado, en el sentido en el que provocadoramente lo intentó teorizar Fukuyama.¹

No es posible referirse a este último conjunto de hechos externos que tienen que ver con el destino de la política y de la izquierda mundial. Pero es obligado hacerlo con los que son de origen endógeno, porque atañen a la izquierda regional en lo que se refiere a las modalidades de negociación, que pusieron fin a los conflictos en Nicaragua y El Salvador, y que a contrapelo de la voluntad de "ambas partes", se impone también en Guatemala.

Se trata de experiencias cualitativamente distintas que terminaron en la mesa de negociaciones, tal vez sin olvido de las decenas de miles de muertos que se quedaron atrás, y seguramente, pensando en los que aún siguen viviendo. Desde la etapa inaugurada por la república española, no hay ninguna experiencia revolucionaria que no se haya enfrentando a la exportación de la contrarrevolución. Los Estados Unidos intervinieron y se alzaron con la victoria en Centroamérica. De no haber actuado con la brutalidad con que lo hicieron la historia habría sido otra. Las fuerzas de izquierda, maduras y animadas de una responsabilidad histórica, transigieron, pactaron, cedieron y perdieron. La explicación de esta pérdida es compleja y se hace en las páginas siguientes.

1. Fukuyama planteó en su libro (no el breve ensayo *El fin de la historia*), *El fin de la historia y el último hombre*, Planeta, Madrid, 1992, que la humanidad se encuentra, en esta coyuntura, enfrentada a un desafío o a una escogencia: la democracia liberal, como forma final de gobierno, y el mercado, como el mecanismo que ha conseguido producir niveles sin precedentes de prosperidad material. Interpreto su largo libro como una racionalización intelectual, un alegato en un momento de la historia de final de siglo, en el que cada sociedad y sus grupos dirigentes pueden o no escoger lo que pareciera ser más que una alternativa, un desafío radical. Es en este sentido que hablamos de una dinámica internacional, que opera a fines de los ochenta, coincidiendo con el fin de las guerras civiles en Centroamérica. Sin aceptar las conclusiones, lo cierto es que el Occidente industrial se mueve al impulso de estas fuerzas. ¿Hay otra alternativa a la democracia liberal y al mercado? Corresponde a las fuerzas de la izquierda internacional, empezar a construir la respuesta.

En una interpretación original, Piero Gleijeses llama a todo esto, "las victorias de los Estados Unidos en Centroamérica". Y como es usual en sus trabajos, documenta, por un lado, como los sandinistas no querían las elecciones, y como, por el otro, Reagan creó las condiciones que los forzaron ir a las urnas, en una sociedad a la que habían devastado.² Resulta, por lo menos, paradójico que los sandinistas, que resultaron victoriosos frente a la contra, que ganaron la Sentencia de la Corte Internacional de Justicia de junio de 1986, que condenó a la Administración Reagan, etc., tuvieran que ceder. En nuestra historia siempre ganó Goliat. Los nicaragüenses empezaron a retroceder, sucesivamente, en las Cumbres Presidenciales a partir de 1988, y finalmente, en Sapoá, se comprometieron a elecciones, que realizaron y perdieron.

Los resultados en El Salvador se movieron a través de otras circunstancias igualmente paradójicas. El Farabundo Martí no fue derrotado militarmente nunca, siempre tuvo la iniciativa, pero negoció en el marco de un Estado contrainsurgente, con un gobierno electo que tuvo el respaldo de un ejército de asesinos, como los califica con razón, Gleijeses, y transó. ¿Cómo fue derrotada la izquierda salvadoreña? Sin ánimo sectario, es saludable recordar que en la historia de las luchas sociales, guerrilla que negocia, renuncia al sentido original de su constitución y abdica de sus propósitos: alcanzar el poder, cambiar de destino, buscar la felicidad.

Desde comienzos de los ochenta, una lógica invertida empezó a operar. Los sandinistas hicieron esfuerzos, ahora incomprensibles, por presentar su victoria política en 1979, la derrota del sistema somocista, como una victoria militar. Fue militarmente como enfrentaron a "la contra", derrotándola, pero sus éxitos

2 P. Gleijeses, "Reflexiones sobre la victoria de los Estados Unidos en Centroamérica", en *Pensamiento Iberoamericano*, Madrid, enero-junio 1991, No. 19, págs. 257-269. La destrucción causada por la guerra de los contras, el embargo económico de 1985, la presión norteamericana para que el BM y el BID negaran los créditos a Nicaragua, postraron al país y obligaron ir a elecciones, que los sandinistas creyeron ganar. Su "derrota ha sido una revindicación de la política del Presidente Reagan", pág. 258.

frente a ella se volvieron su derrota política. Con una lógica igualmente invertida, el FMLN, permitió que su (¿empate?) iniciativa militar, su paseo victorioso por Barrio Escalón, el corazón residencial de la oligarquía, en noviembre de 1989, se convirtiera en una derrota política.

Pese a todo lo anterior, este resultado debería ser puesto en el haber de la izquierda y no en el debe, pues por el mecanismo de conversión de la guerrilla en partido político, su incorporación a la legalidad que subvertían, le evitaron al país los costos de la continuación de la guerra, y se sitúan como fuerza político-electoral, pacífica, doméstica. La renuncia al poder por la fuerza, civilizadamente, se convierte en competencia política por el mismo, lucha que el Farabundo Martí pierde, sin apelación, en marzo de 1994. No hay fuerza de izquierda electoral capaz de vencer ahora y en mucho tiempo.

Igual razonamiento cabría para los sandinistas, cuya derrota electoral fue considerada, en la lógica Kirpatrick, como la única prueba de su voluntad democrática. Sin duda, al perder, contribuyen a la credibilidad burguesa del juego electoral. Tal vez no es éste el momento de afirmarlo, pero la izquierda armada nunca se planteó la democracia como objetivo de su victoria. Ese objetivo era la revolución. Con sus derrotas políticas dan una extraordinaria contribución, indirecta, oblicua, a la construcción de la democracia política.³ Habría que decirlo más enfáticamente: la democracia política no se habría podido empezar a construir sin las fuerzas de izquierda.

En cuanto a Guatemala, finaliza Gleijeses, "es remoto que las guerrillas amenacen el poder del Ejército. Tal vez los presidentes ineficaces se sucederán unos a otros bajo la mirada vigilante de los militares. O tal vez el ejército se apoderará otra vez del poder. En

3 Las lecciones de la política en Centroamérica enseñan que lo que se busca con exceso de de liberación y conciencia, no se obtiene. La vida, el conocimiento, la historia, entre nosotros, avanza oblicuamente. En algún trabajo hemos llamado a este transitar sinuoso la manera autoritaria de la transición a la democracia, E. Torres-Rivas, *El tamaño de nuestra democracia*, Ed. Istmo, El Salvador, 1992.

cualquier caso, no se verá amenazada la estabilidad pro-estadounidense en Guatemala. Y esto, en Centroamérica, es el verdadero significado de la democracia". Su síntesis es que a comienzos de los 90, ya no habían sandinistas en el gobierno, ni Farabundo Martí en la pelea. Había gobiernos civiles, participación electoral, izquierda política con votos, pero nunca suficientes para ganar.

El ambiente postbélico no es *strictu sensu* hostil a las fuerzas de izquierda. El fin de la guerra fría deja vacíos los argumentos y las coartadas anticomunistas de la derecha dura centroamericana. Vienen también ocurriendo cambios en la configuración del poder tradicional, ocasionados en parte por la naturaleza del conflicto político de los ochenta, que se constituyó como un rechazo a la dominación oligárquica, excluyente, colonial, cerrada. Estos sectores, en su expresión política, fueron barridos por los años de violencia.

Hay un recambio en la élite dirigente, una modernización de sus esquemas de control y mando. Ocurre, finalmente, la desaparición política de los intereses más atrasados de los grupos terratenientes, que debió producirse en la inmediata postguerra, como lo buscaron los movimientos democráticos de los cincuenta y como ocurrió en Costa Rica. Una generación de empresarios, con un sentido moderno de la economía, y confiamos que con algún remordimiento por la equidad, se abre paso también en la política.

Los siguientes, son algunos de los componentes de lo que líneas arriba calificamos como la realización silenciosa de una revolución conservadora:

⁴ P. Gleijeses, *op. cit.*, pág. 263. Estados Unidos se libró de los sandinistas en Nicaragua; aseguró la victoria electoral de la derecha en El Salvador y Guatemala. Se terminó la amenaza comunista. Las fuerzas de izquierda son débiles y escasas. Sus victorias se alcanzaron a precio de la destrucción de la economía de un país y de más de 100 000 muertos. Y en tiempos de paz, la ayuda económica se termina.

- a. Se está procesando, en primer lugar, un sostenido intento por conformar un nuevo modelo económico, que requiere básicamente un cambio de énfasis: exportar diversificando productos y mercados, a través de un activo papel del empresariado, dirigido por el capital financiero. Es un modelo de sustitución de exportaciones, en el que el Estado juega un papel distinto al período de la sustitución de importaciones. Ahora, lo hace como promotor directo del sector privado, a través de la ampliación de su esfera propia, incluido el desprendimiento de activos estatales para mantener el equilibrio fiscal, favoreciendo "externalidades" en provecho de los exportadores.
- b. Un Estado en permanente déficit fiscal, como resultado de la extensión de una nueva cultura productiva, que tiende a fortalecer a cualquier precio la acumulación en el sector moderno o en trance de hacerlo, no importando el costo interno del esfuerzo por la incorporación al mercado externo. Siendo este déficit el talón de Aquiles del gobierno, el gasto social se contrae peligrosamente, con lo que agrava la situación distributiva y la pobreza. Los servicios públicos, que deben mejorar su calidad en esta etapa, congruente con la prédica por la equidad social, se deterioran y debilitan.
- c. Como resultado de los procesos electorales ocurridos a lo largo de los últimos quince años, se han establecido algunas de las reglas del juego democrático que favorecen a la derecha: libre organización de partidos políticos, elecciones competitivas, espacio público para el uso de los derechos cívicos, políticos; creación de algunas instituciones vinculadas al Estado de derecho; restablecimiento del papel del Parlamento, pero dificultades para crear un poder judicial competente e independiente, etc. Ha habido una liberalización de la vida política, y hasta es posible hablar de un comienzo de democracia política en Guatemala y El Salvador, o de una segunda transición; más asentada en Honduras y Nicaragua; bien consolidada, con problemas menores, en Costa Rica.

d. Los efectos de la crisis política y económica, que se juntaron en los años 80, más los producidos por las políticas de estabilización y ajuste, en una economía mundial desordenadora, en trance de globalización, han tenido consecuencias perversas en la reclasificación social.⁵ Las modificaciones en la estratificación y heterogeneidad sociales son profundas, por el efecto de la extensión demográfica de la pobreza, la persistencia prolongada de sus efectos y la imposibilidad, hasta ahora, para atenuarla. Pero también por la concentración del bienestar y la riqueza, donde el capital financiero lo decide todo.

e. Se refuerzan los mecanismos que reproducen (y en estos casos, que redistribuyen) la pobreza, como la creciente importancia de los impuestos indirectos, el decaimiento de los servicios públicos, la segmentación de servicios en las áreas de la salud, la educación, la vivienda y la seguridad social; la disminución de la PEA agrícola y del porcentaje de campesinos en el total de la población; aparecimiento de espacios culturales que expulsan socialmente, etc. Los problemas mayores ocurren entre las clases medias urbanas, de cuyas filas han salido los nuevos pobres.

En breve, el escenario hoy día está calificado, en la dimensión de los cambios económicos, por el predominio del capital bancario, los empresarios del sector financiero y especulativo. En el terreno político, como resultado de los procesos electorales, por el triunfo de fuerzas políticas conservadoras, gobiernos de derecha y parlamentos con un pluralismo tedioso. En el ámbito de lo social, como efecto de la guerra, la crisis económica y sus efectos y de los mecanismos para superarla, una diferenciación social más polarizada, una verdadera sociedad de la quinta parte, que lo acapara todo, un debilitamiento de los resortes de la movilidad social.

5. E. Torres-Rivas, *El caos democrático*, Ed. Istmo, San Salvador, 1995, pág. 16.

También deben contabilizarse otros resultados como efecto postbélico: empieza un menor protagonismo de los ejércitos, una creciente presencia de las organizaciones sociales y de los intereses privados que emergen desde la sociedad civil por el lado de los grupos menos favorecidos. Visibles posibilidades para la participación social y política, mayor uso de los recursos legales, disminución de las violaciones masivas a los derechos humanos, salvo en Guatemala, violencia despolitizada creciente, que no es la típica criminalidad urbana sino una "colombianización" de la vida pública, etc. Todo esto plantea una tensión que aún no alcanza sus límites, entre las posibilidades que abre la democracia política y las que cierra el modelo económico.

En este escenario, que magnifica y disimula al mismo tiempo las causas del conflicto, en el que las fuerzas de izquierda crecieron y transaron, se mueven, hoy día, erráticamente. Difícil terreno en el que las izquierdas política e intelectual tienen que reconstituir su identidad, que es lo mismo que moverse con iniciativas constructivamente. Tal vez es muy pronto para asimilar la riqueza vital de las historias vividas.

La izquierda sobrevive porque, a la postre, hay una derecha activa, que de agresora se convirtió en agresiva. De derecha desleal⁶ pasa a ser derecha electoral con programa democrático, sin dejar sino maquillado su rostro autoritario, pero sobre todo el alma supremacista en una sociedad fuertemente polarizada en lo social, donde se mueven ahora, cómodamente, asumiendo la dirección de "una comunidad de destino".

No es fácil hacer el diagnóstico. En general y en muchas partes, los viejos cuadros de la izquierda están experimentando los horrores de un naufragio que no provocaron, porque lo sucedido en el mundo ex comunista no ha sido de su incumbencia. Se rompieron vínculos emocionales más que financieros.

6 La llamamos así como referencia a los empresarios que financiaron escuadrones de la muerte en Guatemala y El Salvador, que fueron cómplices activos de la violencia directa contra sus enemigos políticos. Cf. E. Torres-Rivas, *El caos democrático*, op. cit., pag. 3.

Las izquierdas centroamericanas atraviesan dificultades que se sitúan en su historia misma. La izquierda legal tiene que diferenciarse de la izquierda guerrillera. El vigor intelectual opera en espacios diversos al del mundo político y existe también un debate teórico que en nada contribuye a reorientar las identidades y las definiciones.

Las ventajas del caos

Esta es una época de confusiones en la comprensión de la sociedad y en la manera política de adecuarse a ella. Las certezas de la tradición hegeliano-marxista en una racionalidad de la historia, que dio seguridades a más de mil millones de personas durante medio siglo e inspiró lo más destacado del pensamiento filosófico-político-intelectual, ahora produce desconfianza. Y no puede ser sustituida por el concepto cristiano-estoico de la Providencia, aunque hayan fuerzas intelectuales que se mueven tras esa posibilidad. Haber confiado en una filosofía de la historia es motivo de culpa y para expiarla, se renuncia a todo. Vivimos en un período de la historia que no termina por redefinir sus límites y potencialidades.

En la incertidumbre se producen "mutaciones" en las fuerzas de izquierda. Se aprovechan del caos al que contribuyen así a fortalecer. Las raíces de la confusión son muchas. Experimentamos un caos teórico y un desorden político. No sabemos si es peor en el orden de las ideas o en la acción práctica, pero, sin duda, esto que afecta a todos es especialmente agudo entre las fuerzas de izquierda.⁷

La ventaja de quienes se recuestan en la permanencia del 'establishment', y son portadores de un pensamiento conservador, es que extraen de su misma continuidad los mejores argumentos o las

7 E. Hobsbawm, *Política para una izquierda racional*, Crítica, Barcelona, 1993, cap. 6, también hay referencias a esta situación en el reciente libro de Norberto Bobbio, *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política*, Taurus, Madrid, 1995.

razones más fuertes, porque son razones del orden implícito. Y esta vez, el sentido del orden se pone a la ofensiva de manera natural porque a dos siglos de la Revolución Francesa, se asocia a la innovación tecnológica, al progreso científico, sin tener problemas con el cambio social.⁸ Nada es más ajeno a la emoción o a la fe dogmática de la derecha que la manera como la izquierda ha hecho política. Por eso, ahora, las victorias del pensamiento conservador tienen la apariencia de lo obvio y de lo inevitable.⁹ Son victorias de antemano, pero de corto plazo, justamente por ello.

La izquierda, en cambio, no se constituye sino en torno a la idea de revolución, o del cambio con reformas urgentes para la justicia social, planificado, asociado al mito del progreso iluminista, de una vanguardia racional, de una modernización integradora. Las fuerzas de izquierda se comprometieron de diversas formas con la noción de la modernidad y la praxis política tenía como sentido único el cambio para una sociedad mejor. Modernizar las estructuras políticas y económicas, incorporarse a una dinámica de progreso, sólo se explica por la fe en la razón de la historia. ¿Qué otra cosa es la revolución, si no el cambio para construir una sociedad racionalmente mejor?

La crisis del marxismo y de la política de izquierda, las victorias prácticas del pensamiento conservador, las políticas tardoliberales en favor de una alternativa del mercado ya venían ganando credibilidad¹⁰, pero no fueron suficientemente valoradas en Centroamérica sino a finales de los años setenta. La conciencia de esa crisis habría desalentado la revolución.

8 El pensamiento conservador no se opone a la razón, pero propone un uso adecuado, al alcance y a las limitaciones que aquella tiene, no se opone a los valores del iluminismo, pero los jerarquiza de otra manera Véase W. R. Harbour, *El pensamiento conservador*, GEL, Colección TEMA, Buenos Aires, 1982.

9 W. R. Harbour, op. cit., pág. 121 y sigs. e Irving Kristol *Reflexiones de un neoconservador*, GEL, Buenos Aires, 1986, cap. II y otros.

10 Boris Frankel, *The post industrial utopians*, Polity Press-Basil Blackwell, London, 1987. En varias partes de su trabajo analiza con optimismo varias alternativas a los Estados de bienestar burocratizados.

Las referencias políticas, ideológicas y de la práctica que definieron a las fuerzas de izquierda, ciertamente, se han desdibujado. Habrá que hacer esfuerzos de imaginación y de sensibilidad, no esperar sino atender la señales de la vida social, para recuperar esa identidad hoy día difusa. Recordemos que hasta hace poco, no había necesidad de reiterar definiciones ni de establecer fronteras, aun cuando en su interior el sectarismo de izquierda creó siempre ortodoxias y condenas.

No es que la ambigüedad haya sido el territorio de la izquierda. Pero recordemos que cuando la cultura política fue rica y variada en contenidos, como ocurrió en el pasado reciente, se vivieron situaciones, conflictos, pasiones y desconciertos tanto dentro de la izquierda, como frente a la derecha. Las señales de la identidad no son íntimas sino relacionales y la izquierda definió a la derecha, por épocas, o viceversa. Hoy día, justamente, las victorias, más prácticas que intelectuales del pensamiento conservador, tardoliberal, definen por "arrinconamiento" las posiciones de la izquierda.

Desde luego que, experimentando una revolución conservadora y arremetida de la derecha, la izquierda tiene nuevos motivos para existir. ¿Izquierdas y derechas? Es algo más que un acto de voluntad, la creencia de que se trata solamente de una topografía del conocimiento político; hay quienes niegan su existencia. ¿Estamos en este fin de milenio, ante el temido agotamiento de la vitalidad histórica de esta antítesis derecha / izquierda? Entre otros, Bobbio lo refuta claramente cuando afirma que se trata de una de las "grandes dicotomías" en que ésta dividió el mundo del saber y del actuar, términos antitéticos, recíprocamente exclusivos y conjuntamente exhaustivos.¹¹

Hay hombres de izquierda, con mayor o menor capacidad de disimulo. Puede esto ser, en las actuales condiciones, un problema de valor o de imprudencia reconocerse de izquierda. Existe

11 N. Bobbio, *Derecha e izquierda, razones y significados de una distinción política*, Teoría, Madrid, 1995, págs. 53.

también una cultura de izquierda, viva pero ciertamente herida. Esto remite a la idea de que hay hombres de derecha y una cultura de derecha, conservadora, reaccionaria. Todo esto es cierto y obvio. Por eso se dice, una y otra vez, con diversas modulaciones en la queja, que una poderosa derechización ha venido ganando victorias en Occidente. También las ganó en el Este y en el Sur.

¿Cultura de izquierda? Sí, la que empezó a formarse con la victoria intelectual del iluminismo y con la victoria política de la Revolución Francesa, e identificó el progreso con los avances de la razón científica, de la naturaleza. La que primero con Tocqueville, luego con Marx, se constituye como una visión laica, optimista, crítica, del orden existente. La cultura de izquierda, hoy día, es heredera, por un lado, de la pasión por la libertad, la igualdad y la solidaridad, y, por el otro, de las luchas sociales para construir un orden justo. Todo ello, convertido en forma moderna, en principios de cualquier programa político de izquierda. Constituyen tanto una colección de valores políticos como de emociones colectivas.

Si todo esto es así, hay en consecuencia, una ética de izquierda. El sentido común -el conocimiento elemental, no elaborado, que transmiten los sentidos- ha identificado la izquierda con el progreso, la justicia social, la igualdad, el pueblo, la cultura de masas, lo nacional como lo propio, etc. En nuestro ambiente, la cultura de izquierda, los hombres de izquierda, nos hemos considerado herederos de las mejores tradiciones patrióticas, de lo bueno y poco que tiene nuestro atroz pasado. Y a partir de ello, portadores de ideales de soberanía nacional, democracia real, justicia social.

Todos estos valores están presentes en el escenario de nuestras existencias, pero reclaman nuevas modulaciones en un mundo lleno de cambios e incertezas. Los últimos quince años de la vida centroamericana aumentaron la confusión, debilitaron lealtades, produjeron perplejidades. El examen de todo ello, es lo que llamamos las ceremonias del adiós y del olvido. Pronto, todo esto será material de archivo y menester de historiadores.

Las ceremonias del adiós

El mayor desafío que enfrentan las fuerzas de la izquierda política es quedar al margen de la construcción democrática de los años noventa. Quedar marginados de la vida política e intelectual. Habría que decirlo con el valor justo que tienen las palabras: la mayor contribución a la democracia política en Centroamérica ha sido dada por los efectos que en diversos planos han producido las luchas de las fuerzas de las izquierdas revolucionaria y democrática. Pero en los escenarios de los noventa, su contribución tiene que ser necesariamente directa y más precisa y no como ahora ocurre, en que su presencia se debilita. En consecuencia, su tarea es la adaptación creadora. En época de ajustes, hay que ajustarse, y es esto lo que a continuación se analiza.

Ya se hizo el intento de establecer las afinidades ideológicas y los devaneos teóricos de las fuerzas de las izquierdas políticas en los ochenta. Ahora corresponde examinar este trecho final, de los años noventa. Los movimientos de cambio ideológico y político en el interior del FSLN y del FMLN vienen de atrás, precedidos por la intuición temprana o la percepción realista de que la revolución había dejado de ser una opción política viable.

Este recorrido es sinuoso, porque está presidido por impredecibles veleidades ideológicas en todos los sitios del planeta. En otro momento, habría sido un acto de prudencia el examen autocrítico profundo y una labor pedagógica en las bases partidarias, para que una fuerza que ayer se reconoció marxista-revolucionaria, pueda reclamar fácilmente ahora que se les acredite como socialdemócratas. Hasta para rectificar hubo un tempo, con gradaciones y ajustes. Estamos experimentando, sin duda, prodigios acrobáticos y lo que sucede en Centroamérica es menos espectacular que lo que ocurre en Europa, en donde el socialismo democrático que combatió el fascismo y, después, construyó el Estado de bienestar, ahora administra la crisis en clave neoliberal.¹²

12 Más ostensible es la metamorfosis centro-europea, por ejemplo en la República Croata donde se elige con mayoría absoluta al ex general comunista Franjo Tudiman como candidato de la cerecha católica, o en Polonia donde Kwasniewski, ex comunista, humilla electoralmente a Walesa, al encabezar el nuevo partido socialdemócrata.

Antes de perder el poder, el ropaje

Examinemos lo que ocurrió en Nicaragua, donde el Frente Sandinista se constituyó, primero, como una fuerza mesiánica y revolucionaria, derrotó la dictadura, se hizo del poder y, desde ahí, intentó cambiar la sociedad y no pudo. Su fracaso no puede registrarse así, aunque no en este texto, pues hay en la historia del sandinismo más de una década de ejercicio del poder que exhibe la imposibilidad de la modernización de una sociedad atrasada, contando sólo con los recursos del subdesarrollo. Muy rápidamente reconciliados con su realidad, la dura realidad de gobernar una sociedad atrasada, a la que la obsesión de Reagan empobreció aun más, los sandinistas fueron alterando su programa en el ejercicio diario del gobierno. Mantuvieron al final de los ochenta, un doble discurso, inevitable pero contradictorio entre el programa y la gestión pública, entre las políticas económicas que empobrecieron aun más a los pobres y la defensa de los principios de la revolución sandinista.¹³

Es difícil examinar en este texto la experiencia catártico-partidaria experimentada con el paso desde el ejercicio del poder del Estado a las luchas desde la oposición. En este tránsito, los contenidos de izquierda radical se fueron debilitando. El FSLN sale del gobierno con otro perfil y, como partido de oposición en una democracia burguesa, con un variado repertorio de máscaras.

No hay en sitio alguno del planeta una experiencia de esta naturaleza, porque la primera premisa de una revolución es la construcción de un poder que no se sujeta a la competencia de una elección. Puede cambiar el gobierno pero no el poder, ni poner en juego la dirección en que se mueve el Estado. La función

13 La denominación "sandinista" les dio a los revolucionarios nicaraguenses un ancho margen de movimiento que se convirtió en ambigüedad. A la postre, sólo exhibiría una pobreza ideológica, en la proporción en que el sandinismo fue una denominación que sirvió para todo (el Ejército, la policía, la organización popular, etc.) y, en consecuencia, terminó por no expresar nada, tal vez un estado de ánimo pero no una opción ideológica. Lo mismo ha sucedido con la figura de Martí, cuyo aniversario en 1995 ha servido para apropiaciones retóricas desde todas direcciones de la rosa de los vientos.

redentora, por lo que se sabe, no se pospone y este aspecto, que no se olvida fácilmente, fue lo que logró mantener la unidad aunque no la pureza del sandinismo, en los primeros momentos de su transición hacia la oposición, como un partido de izquierda. Es similar parcialmente la experiencia de los partidos comunistas de la Europa Central, porque en algunos casos, una fuerza vicaria convocó a elecciones en las que resultaron aceptados como una fuerza de oposición, en una competencia plural, en el interior de una democracia burguesa.

Desde el punto de vista ideológico y programático, que es el que preside este ensayo, la radical deshonestidad que expresa la "piñata" debería ser considerada como parte de un proceso de corrupción, que había empezado antes. Varios cuadros dirigentes vienen siendo acusados de enriquecimiento y abuso de poder. Pero sería incompleta y falsa esa referencia si sólo se hiciera en una óptica de la moral pública y no en la dimensión popular, en lo que tiene de oportunidad para modificar aun más la estructura de la propiedad. Hubo en la 'piñata' también un componente de justicia social, que no es desestimable, por el imperativo de compensar a miles de pequeños propietarios, campesinos y gente de la ciudad, cuya entrega a la revolución los mantenía en una situación materialmente precaria.

El comportamiento del FSLN como partido de oposición ha sido el de un partido democrático, que ya había renunciado, de hecho, desde el gobierno, a hacer la revolución, pero que en la llanura y definido como una fuerza de izquierda se mantiene aún animado por una defensa, a ratos violenta, de la justicia social, la soberanía nacional, la participación social, los derechos de la mujer, la cultura popular, etc. Desde 1990, el FSLN ha demostrado no solamente constituir la fuerza política más vigorosa del país, sino mantener un fuerte arraigo en las organizaciones sociales.¹⁴

14. Ha estado presente en todas las luchas nacionales: empleados públicos, sindicatos, campesinos y recontras trabajadores de la salud, maestros, productores agropecuarios, "aunque sin desprenderse de su vocación vanguardista", al decir de C.F. Chamorro: "Nicaragua: crisis de representatividad", en *Espacios, Revista Centroamericana de Cultura Política*, Fundación Friedrich Ebert-Flacso-Cedal, No. 3, marzo 1995, pág. 59. Oscar René Vargas, *Partidos políticos y la búsqueda de un nuevo modelo*, Ecotextura Ed., Managua, 1990.

Sus vínculos con los movimientos populares, le otorgaba al sandinismo una certificación de buena conducta.

Así, habrían podido mantenerse, cultivando la adhesión de las masas populares y ejerciendo su representación, sirviendo de eje articulador de la construcción democrática, en alianza crítica (apoyos coyunturales) con el gobierno Chamorro, para hacer frente a las acometidas de la derecha, fraccionada, locuaz e incompetente como siempre. Tales acometidas tienen fuerza porque giran en torno a lo que Washington aconseja, porque la derecha nicaragüense está entrenada, ha sido largamente formada en el cultivo de una obsecuencia total con los "yankis", como todavía los llaman.

Y como ha sucedido siempre en Nicaragua, quien termina (¿o empieza?) por agriar las cosas es la política norteamericana. En efecto, la política de la oposición de derecha y sus conflictos con el gobierno Chamorro se han movido en la agenda que elaboró o bosquejó el señor Alexander Watson, subsecretario de Estado, en 1992¹⁵: las exigencias fueron la de poner fin al Ejército Popular Sandinista, desmantelándolo; la aplicación inmediata de políticas neoliberales y la devolución de las propiedades incautadas en el último momento del sandinismo. El tema de la propiedad privada se convirtió, una vez más pero de nueva manera, en una honda brecha que separó la derecha de la izquierda nicaragüense.

Esperando con razonable confianza electoral su regreso al gobierno, los años de oposición alimentaron en el interior del sandinismo, intereses y desconfianzas de distinto signo: todo lo que aparece cuando ya no se está en el gobierno. La celebración del Congreso extraordinario, en mayo de 1994, "oficializó" las disidencias internas, que no reprodujeron las antiguas fracciones en que estuvo dividido el FSLN, sino otras que fueron surgiendo

15. A. Watson, en octubre de 1992, señaló los tres ejes de la política norteamericana hacia Nicaragua, que es suficiente mencionar así: liquidación del Ejército Popular Sandinista y de la policía; una agresiva política neoliberal en una sociedad postrada como esta Nicaragua, y el arreglo del problema de la propiedad. Véase el cuidadoso examen que de todos estos aspectos hace Aldo Díaz Lacayo, en: *El Frente Sandinista después de la derrota electoral*, José Agustín Catalá-Centauro, Ed., Caracas, 1994.

y especialmente referidas a la democratización del Partido, las relativas a la naturaleza de la democracia y de las fuerzas o alianzas que deben concurrir en la constitución de un acuerdo nacional.

Sin duda, no todo el núcleo confrontativo se resume en la estrategia para ganar las elecciones del 96, para detener al neosomocismo remozado, pero el tema electoral, asunto típico de un partido burgués, predomina. Hay restos ideológicos y programáticos que aparecen inevitablemente, pero adjetivos, y ya no con la ferocidad que en torno al marxismo y a su exégesis predominaba en los años setenta. Esas discusiones terminaron hace tiempo. El FSLN, ya antes de la división, era un partido democrático peleando por su reconocimiento socialdemócrata.

Fue cierto, una vez más, que los partidos nunca se dividen por las bases. La élite, enriquecida y politiguera desde la dirección, apareció dividida y rijosa, por lo menos, en tres fracciones orgánicas¹⁶; o, básicamente en dos: unos, más confrontativos y radicales, otros, partidarios de alianzas renovadoras pensando en la estrategia electoral victoriosa. Y, en el interior de esas discrepancias, las que surgen entre la dirigencia cupular y los cuadros intermedios, los activistas con fervor, los intelectuales, etc.¹⁷ El adiós al socialismo fue lento y ominoso, sin mala conciencia.

Las divergencias quedaron finalmente selladas con ocasión de la fundación del Movimiento Renovación Sandinista, con Sergio Ramírez a la cabeza, en mayo de 1995. La fractura es definitiva, pero tiene menos referencias ideológicas precisas que reclamos probablemente ciertos al caudillismo de Ortega y la vieja dirección partidaria. Lo de renovación sandinista se refiere propiamente a un recambio en los personajes y no en la calidad del Programa.

En el interior de esta crisis estuvo, sin duda, la contradicción más política que ideológica, la de convertir al Partido en una

16 Todo esto está registrado, entre otras fuentes, en el libro de Díaz Lacayo, op. cit., pág. 124.

17 Por ejemplo, la amplia discusión que se reproduce en: FSLN: *del vanguardismo al acuerdo nacional, el debate interno*, Materiales de Estudio, Fundación Ebert, Managua, 1994, diversas páginas.

opción viable para 1996 o la de persistir, con nostalgias por el pasado, con el uso de símbolos y métodos arriesgando una derrota... y la carga de sectarismo y caudillaje del período revolucionario¹⁶, que muchos rechazaron, pero que son modelos culturales difíciles de olvidar.

Como experiencia de reacomodo a una nueva cultura política, la politiquería es peor entre los partidos de derecha, todos fraccionados, incompetentes para el diálogo y la concertación en favor de la nación. No obstante, el *affaire* constitucional, la aprobación de las reformas a la Constitución de 1987, reclasificó a las fuerzas políticas, lo que puede ser interpretado como el reino del caos ideológico.

La dirigencia del FSLN, se alió con el gobierno Chamorro y algunos grupos conservadores, todos contrarios a la reforma constitucional. Daniel Ortega y Antonio Lacayo, juntos. La fracción parlamentaria del FSLN estuvo en contra de su dirección, aliada a todos los pequeños partidos de derecha y centro-derecha, que forman la UNO, favorables a la reforma que finalmente impusieron. La negativa del Poder Ejecutivo a publicar la ley, requisito sin el cual no está vigente, llevó al país a una profunda crisis de gobernabilidad. Sergio Ramírez y Alfredo César, juntos. En este embrollo de una legalidad extraviada, poco importó quién es de izquierda y quién de derecha. No pensaron en eso, pero tampoco en la nación.

Sin el poder y sin el ropaje

La heterogeneidad ideológica inicial de la izquierda armada salvadoreña explica, de manera casi natural, el carácter terminal de sus disidencias, aunque no los sitios a donde el vuelo de las

16 La dirigencia oficial del FSLN, hasta hoy ha preferido el camino más conservador [...]. La toma del diario BARRICAADA fue la última de las acciones en este sentido. Las recientes elecciones internas del FSLN dieron como resultado la elección de los candidatos con discurso más radical y confrontativo, pero con menos capacidad de inspirar confianza a los sectores no sandinistas [...]. Cf. Luis Carrón, "Sandinismo, renovación o retórica", en: *Espacios, Revista Centroamericana de Cultura Política*, No. 2, Dic. 1994, pág. 43.

mismas los llevó, y que, por instantes, parecieron formas de aterrizaje forzoso. La unidad durante el conflicto fue sólo coordinación para hacer la guerra, siempre llena de desencuentros que tienen su origen, ya fue dicho, en la historia de la constitución de las organizaciones políticas y militares, en los años setenta.

Pero nuestro tema no son las divisiones orgánicas sino las fugas ideológicas que las explican o no, que Guido Béjar llama el tiempo del adiós: es el desencanto o la melancolía de las fuerzas socialistas ante el alejamiento de sus banderas y símbolos. Es el adiós al socialismo, al marxismo, al proletariado, a la utopía, a la guerra.¹⁹ El FMLN desde el principio fue partidaria del diálogo, pero llegó al final de la década de los ochenta con más fuerza aún en su voluntad de negociar y, sobre todo, su decisión de contribuir a la constitución de un orden democrático... acompañada de la ofensiva victoriosa en la ciudad de San Salvador (nov. 1989).

La oferta de detener la guerra para participar en las elecciones, formulada a seis meses de la elección presidencial de marzo de 1989, fue la expresión de una nueva estrategia. No puede interpretarse como un acto de efectivismo político. Se alejaban así, entre sorpresas, de la inicial propuesta de un gobierno democrático y revolucionario, a otro orden político democrático-burgués, sin rupturas. No hubo necesidad de hacer remiendos al Programa porque dejó de utilizarse.

Lo novedoso y por ello aleccionante en el contexto político que se va definiendo en el ejercicio de la negociación, desde la perspectiva de las fuerzas de izquierda, es, por un lado, la desideologización del lenguaje y de las exigencias del FMLN y, por el otro, la desaparición del Frente Democrático Revolucionario (FDR), alianza política de fuerzas populares de izquierda, que desempeñó durante un buen tiempo un importante papel de frente político y legal. Y luego, atraídos por la fuerza irresistible de la participación electoral, se desintegró como aliado y como

19 Rafael Guido Béjar, "El tiempo del adiós, la izquierda y el cambio social en El Salvador", en *Polémica*, Número 16, 2a. Época, 1992, págs. 3-5.

fachada.²⁰ ¿No es ésta, por cierto, una “modalidad” del triunfo de Occidente fukuyamiana?

Los representantes del Farabundo Martí, nobleza obliga, nunca dejaron de defender los intereses sociales y económicos del pueblo salvadoreño, y la participación popular. Fueron consecuentes y en los temas acordados consensualmente en la negociación, fueron definiendo un modelo de sociedad, ciertamente distinto del que originó la guerra, pero aun menos parecido al que la guerra intentó negar.

Por ello, para comprender, finalmente, la calidad del vigor de las fuerzas de izquierda en El Salvador, habría que detenerse en dos momentos del proceso que permitió terminar con el enfrentamiento armado. Uno, lo que se alcanzó en la negociación misma y otro, la capacidad del gobierno para honrar el cumplimiento de tales acuerdos. Ambos producen un espacio de participación política democrática. Es imposible detenernos en este punto, en el que Córdova asegura que el FMLN impulsó sus demandas en materia política y de seguridad, cediendo en el campo económico y social²¹; los acuerdos se han cumplido sólo parcialmente y nada en materia de reinserción de los desmovilizados.

20 El FDR, sugió por momentos un importante papel político de oposición legal. Se disolvió, de hecho, con el regreso de la dirigencia exiliada, encabezada por el Dr. Ungo. Estuvo formada por el MNF, socialdemócrata, el MPSC, social cristiano, y la UDN, comunista, que luego formaron la Convergencia Democrática, que ha tenido un importante desempeño, encabezado por Rubén Zamora como su candidato presidencial.

21 El FMLN aceptó cesararse así como la inviabilidad de la disolución del Ejército o la fusión de ambos, acordando medidas de reducción, reestructuración y depuración de las Fuerzas Armadas, a fin de “lograr la supremacía del poder civil sobre el militar y la vigencia plena del Estado de derecho”. R. Córdova Macías, *El Salvador en transición, el proceso de paz, las elecciones generales de 1994 y los retos de la gobernabilidad democrática*, documento de trabajo, junio, 1994, págs. 2-3. A la mitad de 1995, el FMLN está dividido: el Ejército conserva su potencial de fuerza, aumento en un 5% su presupuesto y ha sido llamado por el gobierno de Calderón Fournier para ayudar a combatir la delincuencia y contribuir al orden del país. Han reaparecido los escuadrones de la muerte, etc. Todo esto estaba *in nuce* en el momento del Acuerdo, difícilmente puede decirse que el Farabundo tuvo una victoria política, aunque no en aspectos económicos.

Como era absolutamente previsible, la derecha ganó las elecciones presidenciales de marzo de 1994, obtuvo la mayoría simple en la Asamblea Legislativa y más de dos tercios en los gobiernos municipales.²² En el momento de la elección de la mesa directiva de la Asamblea, siete diputados del FMLN (pertenecientes al ERP-RN) se unieron a la derecha para elegir a dos de sus dirigentes como Vicepresidente y Secretario de ese organismo, en abierta y sorpresiva indisciplina partidaria.²³ Que las viejas fisuras se volvieron evidentes no es tan grave como que ellas ocurrieran en el seno de un escenario politiquero definido por ARENA.

La izquierda guerrillera salvadoreña se dividió formalmente con la creación del Partido Democrático, en mayo de 1995, integrado por el ERP, la RN y el MNR, con un programa socialdemócrata.²⁴ Permanecen dentro del FMLN, las FPL, el PRTC y un nuevo grupo llamado Tendencia Democrática; los tres, conjuntamente con el PC, se definen como demócratas radicales o izquierda democrática, pero las grietas entre ellos no son desestimables. Es difícil prever no sólo la unidad de lo que resta, sino la vitalidad política de lo que existe.

¿Porqué se fraccionó la ex izquierda guerrillera, portadora de los mejores ideales de cambio para la sociedad, cuando se plantea la sustitución de las armas de la guerra por las del campo político? Las razones pueden ser varias, pero el punto nodal es que la

22 El FMLN obtuvo 21 diputados y 14 alcaldías y ARENA 39 y 21, respectivamente. La Democracia Cristiana resultó la tercera fuerza electoral; por lo tanto, notadamente disminuida.

23 La pelea en el interior del FMLN continuó durante todo 1994, con motivo de diversas decisiones de la Asamblea, que no es posible reseñar. La división fue promovida por el ERP-RN, que fueron los grupos más militantes durante los años ochenta.

24 Desde comienzos de los noventa, las diferencias ideológicas empezaron a reconocerse, por ejemplo en el texto de Joaquín Villalobos, dirigente del ERP: *Una revolución en la izquierda para una revolución democrática*. San Salvador (s.d.e.), 1992. La audacia de sus planteamientos fueron objeto de una viva polémica en Centroamérica, tal vez por la incongruencia de un jefe guerrillero hablando como un político burgués. Es este salto ¿mortal? el que irrita y, a la postre, convence.

organicidad del FMLN nunca existió; privó una concepción militarista, jerárquica, defensiva, durante el ejercicio de la guerra. El de la política, avivó una sustitución en las percepciones del enemigo, en una oportunista definición del contrincante. Si la lógica de la política democrática no explica la división de la izquierda en este país, tal vez lo haga la fuerza de la burguesía vencedora.

El largo trecho de las negociaciones pospuso el fin de un ciclo de equilibrio entre las facciones, que se venía agotando²⁵; el ambiente internacional había devaluado las identificaciones ideológicas. La cultura del éxito personal, conservadora, liberal, triunfante, pudo estimular los resortes dormidos pero siempre presentes en la conciencia pequeñoburguesa de la dirigencia. La fuerza de la izquierda salvadoreña no es desestimable, pero ahora ella depende de circunstancias que se originan todas en el campo del opositor. Habrá que saberlas distinguir y valorar en un clima de descomposición.

Las dudas surgen acerca de las virtudes de la moderación y la tolerancia, que en la cultura política salvadoreña nunca existieron y que resultan indispensables en la construcción democrática. Y por ello, la pregunta del desconfiado es si el oportunismo de ahora, no es la otra cara del sectarismo de ayer. La alianza, finalmente explícita e integral, entre ARENA y el Partido Demócrata con ocasión de la firma del Pacto de San Andrés (10. de julio de 1995), plantea para las fuerzas de izquierda el interrogante acerca de su papel como fuerzas de oposición, pero más aún, la calidad de la representación y mediación política que están llamados a realizar.

25. Rafael Guido Béjar argumenta que la izquierda es víctima de su propio éxito, el alcanzado en las negociaciones, que a su vez fue resultado de su fuerza militar. Su presencia fue imprescindible en la constitución de la democracia política, etc. Todo ello magnifica la autopercepción de su vitalidad, que se convierte en expresión de debilidad ideológica y estratégica en el momento de la pacificación y de la transición política. Véase su agudo análisis "Crisis y renovación en la izquierda salvadoreña" en: *Espacios. Revista Centroamericana de Cultura Política*, No. 2, Dic. 1994, San José, pág. 26. También en diversos números de la más importante revista salvadoreña de análisis político, *Tendencias*, se encuentran elementos del debate ideológico de 1994-95.

La dirigencia del PD ex guerrillero considera que la oposición puede ser colaboración con un gobierno de derecha, si es en provecho del país.²⁶ Se trata, ciertamente, de una conducción madura de la política, moderna, pero peligrosa. El Pacto de San Andrés no defiende los intereses populares, sin ninguna duda. Viabiliza el programa de ARENA, en provecho de los grandes empresarios, que, por ahora, hablan en nombre de la nación. Como todo esto ha ocurrido en poco tiempo, es demasiado pronto para juzgar de otra manera estos acontecimientos.

Los años pasaron y marcaron el fin del ciclo revolucionario. Ahora se está ante la urgencia de ajustes a la democracia burguesa. El desafío está planteado a las fuerzas de izquierda de El Salvador, cuyo núcleo fuerte son los ex combatientes del FSLN en su conjunto: su responsabilidad está planteada en saber conciliar la democracia política, profundizándola para volverla una democracia social. ¿Tiene la izquierda, lo que resta de ella, fuerza para lograrlo?

Lejos del poder, jirones en el ropaje

Finalmente, examinemos la situación de la izquierda armada en Guatemala, donde el clima de la guerra fría aún persiste y se tienen razones abundantes para pensar que el anticomunismo y el espíritu de revancha, de la postguerra, aún alimenta la intolerancia de las fuerzas de la derecha. Como en ninguna experiencia latinoamericana, treinta años de violencia han conformado dos generaciones en una cultura del miedo, pero también en una trivialización del horror. La condición de la izquierda guerrillera viene marcada por los hechos que acompañaron a su derrota

26 Véase el documento *Pacto de San Andrés, desarrollo del nuevo camino de la paz*. Se trata de un extenso documento que contiene un programa de gobierno preciso y detallado, claramente un proyecto de reformas neoliberales. En sus declaraciones, el presidente de ARENA, Juan José Domenech, defiende su alianza con el PD como una victoria política, porque el Pacto contiene la ideología de ARENA. Diario *el Hoy*, Sábado 18 de junio de 1995. En una entrevista a Joaquín Vitellio, dirigente del PD ratifica la idea de que no es apoyo a un partido sino a un programa.

militar: la masacre indígena, ocasionada por una sangrienta ofensiva del Ejército que, cuando se aplicó, carecía de sentido táctico. La lógica del escarmiento alcanzó niveles de pesadilla y ese recuerdo aún está vivo.

Esta perversa rutina tal vez explica cierta incuria ideológica o la pereza de los cambios tácticos de la izquierda armada, representada por una tardía forma unitaria, la URNG.²⁷ En su adaptación a la coyuntura, no ha habido sorpresas ni sobresaltos. No han tenido centralidad política. Pero por marginal que sea desde 1982 su presencia militar, la URNG mantiene una importancia política que, a contrapelo de lo anterior, aumenta con el paso del tiempo.²⁸

Los cambios en el pensamiento ideológico ocurridos en el seno de la izquierda armada guatemalteca varían en matices comparativos con relación al FSLN (previo a 1987) o al FMLN (de 1989), pues se trata de una fuerza guerrillera que no ha hecho aún la paz, y no ha entrado al juego político legal, pero que se ve obligada (¡o favorecida!) a participar en el ejercicio político de la negociación. Así sucede desde el primer encuentro, el Diálogo de Madrid²⁹ (octubre de 1987), hasta el presente, en el que los

27. La URNG fue fundada el 7 de febrero de 1982, como frente político y coordinación militar de ORPA, EGP y las FAR y, con presencia apéndice de los restos del FGT. Para esa época, la ofensiva del ejército había desarticulado la fuerte presencia guerrillera en las zonas noroccidentales de Guatemala en un prolongado y cruel episodio contra la población campesina, el más sangriento de cuantos se hayan verificado en América Latina en toda la etapa contrainsurgente de los últimos treinta años. Carlos Figueroa, *El recurso del miedo, ensayo sobre el estado y el terror en Guatemala* (EDUCA, San José, 1991), esp. cap. IV y V. Susan Jonas, *La bata la por Guatemala* (El ACSO, Nueva Sociedad, Caracas, 1994, 2a. parte. Para aspectos particulares del etnocidio, Ricardo Falla, *Masacres de la selva, ixcan, Guatemala 1975/82*, Ed. Universitaria, Guatemala, 1992; E. Torres-Rivas, *El Rostro de la Medusa: ensayos sobre el terror en Guatemala* (Manuscrito, Universidad de Utrecht, 1995).

28. Jorge C. Castañeda, *La utopía desarmada...*, op. cit., pág. 113.

29. Desde esta fecha, ha habido una veintena de reuniones, correspondiendo a distintos gobiernos. La constante que caracteriza estos encuentros, es la continuidad de la presencia de los representantes del Ejército que actúan como vigías de la institucionalidad por la que han peleado estos treinta años. Y esto, le da un matiz distinto a lo ocurrido en Nicaragua o El Salvador.

avances han sido lentos e inexpressivos, salvo a partir de lo que viene ocurriendo en este 1995.

En su momento de constitución, la URNG planteó como alternativa de poder, la constitución de un Gobierno Revolucionario, Patriótico, Popular y Democrático, capaz de crear una nueva sociedad, que no se denomina nunca, pero que conforme los V Puntos proclamados en esa oportunidad era lo más próximo a la noción ambigua del socialismo tercermundista.³⁰ Se trata de una propuesta programática radical, sólo posible de construir después de un triunfo militar guerrillero total, posibilidad que nunca estuvo cerca, y que paulatinamente empezó a alejarse a partir de las fechas de constitución de la URNG.

Como reacción al clima que fue creando las reuniones de Esquipulas, la URNG exhibe un importante cambio³¹ táctico y luego programático, que se refuerza con la iniciativa del gobierno Cerezo, en 1986, con su invitación a dialogar. A partir de ese momento, la URNG, al igual que la izquierda armada de Nicaragua o El Salvador, se vuelve, de manera silente, prisionera de las circunstancias internacionales y nacionales. Condenados a entenderse entre sí, con sus hermanos/enemigos, la izquierda armada juega así en un terreno que ya no es el suyo. El suyo fue un adiós sin ceremonia, nadie se dio cuenta de que el poder, la revolución y el socialismo ya no estaban ahí.

30. Programa Unitario de la URNG, Guatemala, enero, 1982, tomado de la recopilación *El pensamiento político de la URNG*, sección de textos (s.f.). Salvo indicación en contrario, cualquier otra cita ha sido tomada de este libro.

31. Ver URNG, *Documento de salvación nacional*, septiembre de 1987, que es una reacción a las propuestas de reconciliación y paz que proponen los presidentes centroamericanos. Vale la ocasión recordar que, a partir de esta fecha, el gobierno sandinista inicia, en sucesivos cumbres presidenciales, su indecisa y aceptación a negociar con la contra. No hemos podido analizar con cuidado la influencia a que el llamado espíritu de Esquipulas tuvo en los virajes de la estrategia revolucionaria y que obviamente no tienen su origen solamente en los efectos de las cumbres presidenciales. Es más bien al contrario, la situación internacional y el espíritu de Contadora fueron propicios para la finalización de los conflictos.

En el campo internacional, la negociación entre fuerzas enemigas vino poniendo fin a sucesivos conflictos importantes en África y Asia. A su vez, el eje de la vida nacional se trasladó al escenario político, a la competencia partidaria, abierta, a los partidos y las organizaciones sociales. En esas circunstancias y con su fuerza militar debilitada, a la izquierda armada no le queda sino la opción de reaccionar en el terreno minado de la política. Su recorrido ideológico es reactivo, "retrodialéctico", como se diría con ánimo de cuchufleta. Así puede leerse en sus más importantes declaraciones públicas³² de los últimos cinco años.

La paradoja está planteada, al menos formalmente, a partir de lo que se firma en la mesa de negociaciones, respaldado por las Naciones Unidas: lo que la guerrilla no ganó por medio de las armas, lo está obteniendo en el tedioso diálogo con los hermanos/enemigos. Esa es la naturaleza del contraargumento militar, que los guerrilleros están ganando internacionalmente, lo que no pudieron obtener internamente. Ese es el efecto de la vida política y de la civilizada actitud de negociar. Ceder, transar, perder para ganar. La presencia política de la URNG ha hecho posible que estos acuerdos constituyan el comienzo de un diseño de una nueva sociedad, no la socialista, sino el viejo sistema, modernizado. En su interior, la izquierda guerrillera reciclada no tiene, sin embargo, ninguna posibilidad de gobernar o dirigir.

Ocurre un fenómeno distinto al ocurrido en El Salvador o Nicaragua. La izquierda armada guatemalteca se va integrando lentamente a la opción política, como efecto no buscado y aún contra la voluntad de los militares y de la derecha desleal. Todavía no se ha concluido la negociación, pero importantes pasos se han dado, con la suscripción de los primeros cinco acuerdos

32. Es útil comparar los documentos contenidos en *El pensamiento político* (op. cit.) y *El camino hacia el consenso nacional: diálogo entre la URNG y los diferentes sectores del país*, de enero de 1991 y el reciente *Guatemala: propuestas a la sociedad: cuatro objetivos, nueve cambios, cuatro prioridades*, abril de 1995. Este último es uno de los textos presentados en la negociación en curso, que supone debería ejecutar el gobierno de De León Carpio o el que gane la próximas elecciones. En todo caso, un gobierno de derecha.

(agosto de 1995), como los relativos al regreso de los refugiados, el relativo a la investigación de las violaciones a los derechos humanos o el Acuerdo sobre Identidad y Derechos de los Pueblos Indígenas. El cumplimiento de estos puntos en la dimensión esperada, produciría cambios estructurales en la sociedad guatemalteca.

Estos y los que sin duda se suscribirán en los próximos meses, alterarían la normalidad previsible del status quo, la manera como funciona el poder y las relaciones políticas en esta sociedad perdurablemente contrainsurgente. Aún es temprano para suponer que se cumplirán puntualmente. Y más difícil suponer que ello sucederá por el solo efecto de la fuerza moral del compromiso. De honrar el cumplimiento de estos compromisos los grupos dominantes (y no sólo el gobierno), la izquierda guerrillera habría logrado, como producto de la negociación, una victoria histórica... ¡y pacífica!

Todo pasaría a depender, ahora sí, de la vitalidad de la izquierda democrática y legal, y de ella sólo sabemos, por ahora, que no ha nacido. El mayor desafío de esa izquierda non nata sería llevar a puerto el cumplimiento efectivo de los acuerdos, aun cuando, como viene siendo previsible, provoquen el rechazo, tarde o temprano, de la poderosa derecha nacional. La izquierda legal, las organizaciones sociales tendrán en sus manos el programa de la revolución democrática.

La decisión de la URNG, hecha pública en marzo de 1995, de participar en las elecciones de noviembre de este año, representa un golpe de timón en la perspectiva de su integración política. Esto supone, por un lado, que la izquierda armada considera como irreversible el proceso de paz, y, por el otro, que juzga confiables las condiciones políticas de la democracia electoral. Es ésta la manera elíptica de decir adiós a la revolución y al poder. La participación de la URNG en la vida política plantea retos de diversa magnitud. ¿Está la sociedad guatemalteca preparada para reciclar sin sangre, a sus disidentes? ¿Cómo se ajustan la normatividad jurídica y el régimen constitucional a la participación de

los subversivos? ¿Aceptarán las fuerzas armadas redefinir su tamaño en función de su función?

Por de pronto, los intentos de las fuerzas de izquierda legal por participar en las elecciones generales de noviembre de 1995, pusieron a prueba su capacidad de organización y liderazgo con resultados lamentables. Se dividieron más rápido, y creando más rencor, que el tiempo que invirtieron en agruparse. De los tres países bajo análisis, la izquierda guatemalteca es aún muy débil que no alcanza a realizar ejercicios de travesti. Como no han entrado realmente al juego burgués de la política, no hay razones para imaginar cuál pueda ser la modalidad de oportunismo a practicar.

Frente a todo este abultado conjunto de circunstancias, que definen una nueva forma de hacer política y otra cultura política, lo sucedido en Nicaragua, primero, en El Salvador y Guatemala, después, surge inevitablemente la pregunta de qué factores revirtieron o erosionaron las viejas y a veces, sectarias posiciones ideológicas. ¿Cómo explicar este *farewell* indoloro al socialismo, al poder, a la revolución? Este adiós a las armas tiene muchas razones. A las que se han dado en los tres apartados anteriores, habría que sumar otros tantos.

Y encontramos así, por lo menos, tres factores coinfluyentes. Uno, la crisis del marxismo como teoría de la sociedad, que es tanto como decir la del marxismo contemporáneo post-Marx, que empezó desde los años 60 en Europa³³, pero se trasladó sólo una década después, filtrada, autocensurada, a Centroamérica. La izquierda armada fue marxista con diferentes tonalidades. Otros fueron marxista-leninistas confesos. En general, la amplia

33 La revolución teórica de Coentrão "contra" la ley del valor, pivote de la economía política de E. Capital, fue temprana, en 1964, pero luego aparecieron los nuevos filósofos: a comienzos de los setenta, que en Francia dieron la carnada para una estampida de intelectuales, artistas y militantes del PCF, el suicidio de Poulantzas la tragedia personal de Althusser, son algunos de los síntomas de un profundo malestar en el pensamiento marxista europeo, que es el que nos influye. Samir Amin afirmó que el marxismo africano no estaba en crisis. En general, si se quiere una fecha emblemática, diríamos que después del '68, que constituye un parteaguas cultural y político, todo empezó a cambiar.

izquierda quiso tener siempre un respaldo teórico y programático, que se volvió a veces difícil y, en otros casos, imposible por nuestra negligencia en el terreno de la producción intelectual.

El otro factor lo constituye la crisis del socialismo político, es decir, el que alimenta la práctica de la política, testimonial con la bancarrota de los partidos comunistas, primero, y de otras fuerzas de izquierda, después; y además, el fin de las llamadas sociedades de democracia popular, la desintegración de la URSS, y *pari passu*, el inicio de la descomunización en Rusia, y los titubeantes intentos de implantar la democracia liberal y la economía de mercado. Pareciera que estamos afirmando que la crisis del socialismo real fue sólo política, pero obviamente no es así. Empezó o se hizo visible en esta dimensión, que oculta el fracaso raizal de la economía. De hecho, fue la sociedad toda la que estaba en una grave descomposición.

Es cierto que sin referencias a la Unión Soviética o a Cuba, la izquierda armada perdió parte de su identidad (los problemas de la izquierda democrática los tratamos más adelante). No nos referimos a los vínculos económicos que los PCs o las organizaciones guerrilleras mantuvieron para sobrevivir, sino la referencia ideológica que supuso, durante una época, que pese a sus "debilidades" la sociedad socialista a construir era lo más parecido a un modelo buscado. ¿Qué sociedad nueva puede ahora ofertarse ante el fracaso del socialismo real?

Y, finalmente, como factor endógeno, la propia crisis interna de la izquierda centroamericana, que ha sido parcialmente descrita. En ésta última hay dos componentes factuales, objetivos, que se impusieron en función de la permeabilidad ideológica y práctica. Por un lado, el convencimiento de que la guerra había dejado de ser el camino de la revolución y, muy cerca de esa estrategia, las dudas acerca de los objetivos a alcanzar con la revolución. El otro, la renuncia al poder, que es renunciar a la revolución. Abandonar los métodos armados implica redefinir las metas y los comportamientos. La guerra se vuelve marginal y si la percepción nuestra no es daltónica, la negociación es el

sucedáneo de la derrota. O, como lo hemos dicho antes, es la cara amable del fracaso. Nótese bien, que se refiere al fracaso de las propuestas originales de la izquierda armada.

El desfondamiento del pacto socialdemócrata

Las particulares condiciones para que surja, se afirme y produzca resultados una corriente de izquierda democrática, están tan íntimamente asociadas a la constitución de una sociedad democrática, que es inevitable el predicamento, nada tautológico, de que sólo en una sociedad democrática cabe una política socialista-democrática. O también, que ese tipo de sociedad sólo puede construirse con la presencia de socialistas democráticos.

Por ello, al ocuparnos ahora de los partidos de izquierda democrática, encontramos que, salvo en Costa Rica³⁴, ellos no prosperaron nunca en la incierta legalidad de los otros países, sin duda porque ésta fue estrecha y formal en sus reales oportunidades democráticas. Y hoy día, lo que ocurre en esos países es más bien contradictorio. Por un lado, pareciera confirmarse que si bien las formas partidarias están debilitadas, la crisis de la izquierda democrática es mayor y más visible.³⁵ Y como lo comenta Solórzano, con peores efectos, pues no es lo mismo la crisis de los partidos en Italia que en Centroamérica, como no es similar los achaques en la madurez que cuando aún se visten pañales.³⁶

34 Hay una crítica temprana, de 1978, a los partidos tradicionales en Costa Rica, de J. L. Vega Carballo, donde no se menciona cuáles son, un buen diagnóstico sin el nombre del enfermo, en *La crisis de los partidos políticos tradicionales en Costa Rica*, ed. Academia Costarricense, San José, 1978.

35 Las fuerzas de la derecha desleal también están en crisis: El MARN en Guatemala y el PCN en El Salvador corresponden a la etapa jurásica en que actuaron como el ropaje partidario de la dictadura militar; fueron el partido de la contrainsurgencia. También la extrema derecha costarricense, el Movimiento Costa Rica Libre, se quedó afónica. Sólo tuvo expresión periodística, en una página semanal en el diario La Nación. Tal vez afónica no es el mejor diagnóstico. Se quedaron sin voz, sin enemigo, sin referentes para la triba. El odio sin sujeto odiado es peor.

36 M. Solórzano M., 'El futuro de la izquierda' en *Espacios, Revista Centroamericana de Cultura Política*, No. 2, Dic. 1994, pág. 1.

No han tenido espacios para moverse en el bipartidismo excluyente de Honduras, o en el seno de sociedades represivas y polarizadas como El Salvador o Guatemala. El PINU, en Honduras, el MNR, en El Salvador, y el PSD, en Guatemala, no sólo no tienen fuerza electoral sino que en las últimas elecciones han perdido su inscripción legal. Existen como estado de ánimo y vocación intelectual, pero no en el registro estadístico. Pero, hay que agregar, teniendo una potencialidad que puede obtener dividendos en el clima de paz, en la legalidad política, con la democracia electoral, que esta surgiendo.

Ya no es sólo una sospecha. Los socialdemócratas salvadoreños, un puñado, acaban de fundir su imagen con el cuerpo de los ex guerrilleros del ERP-RN (como se analizó páginas atrás) en un matrimonio de perfil morganático, entendido como aquél en que las partes pertenecen a distintos y hasta contrapuestos linajes. El PSD, en Guatemala, hizo un intento de refundación socialdemócrata en 1993, sustentado en la búsqueda de refrescar el pensamiento de la izquierda democrática, renovar la dirigencia, aumentar la militancia y su presencia política.³⁷ Fue un ejercicio responsable, apoyado en un silogismo débil: la premisa mayor fue correcta, pues existe una amplia opinión pública democrática, pero la convocatoria no fue bien planteada.

El resultado, hoy día, es la virtual descomposición del PSD y el surgimiento, en 1995, de tan numerosos como pequeños grupos, dispersos, con el ojo puesto en las elecciones presidenciales de 1996. Desconcierta que ninguno de ellos quiera reconocerse como de izquierda. Están más débiles que antes del esfuerzo renovador de hace tres años.

Por su parte, habría que indicar que dada la situación del bipartidismo hondureño, es en el interior del Partido Liberal donde aparece siempre una fracción menos liberal, más moderna,

37. El documento *Propuesta de refundación socialdemócrata*, suscrito por el secretario general del PSD, Dr. Sorózano, desarrolla la tesis de que hay varias organizaciones o movimientos socialdemócratas, que pueden sumar orgánicamente sus fuerzas. Es cierta esa premisa pero no el método de la convocatoria y en consecuencia resuelto falsa la conclusión.

menos atada a los caudillos rurales. Con cierto vuelo intelectual, contagiada de socialdemocracia... Por su naturaleza histórica, el Partido Liberal, pese a tener como rival un partido de derecha, el Partido Nacional, no puede clasificarse como una modalidad bananera de la izquierda política. Sin embargo, entre los liberales hondureños, hay cuadros, sentimientos y vergüenzas socialistas democráticos. Un pequeño partido democristiano se abre paso a través del forcejeo bipartidario, y por ello aparece como una diminuta expresión de izquierda, esperando su momento para crecer.

La fecunda experiencia socialdemócrata en Centroamérica aparece solamente en Costa Rica, donde coexistieron la izquierda comunista y la socialdemócrata, ahora, ambas en crisis pero con componentes de naturaleza distinta y hasta contrapuesta. Recordemos que en este país, Vanguardia Popular fue en su momento fundacional, en los cuarenta, una importante fuerza social y política. Más que la ilegalidad de los años cincuenta, los ímpetus sociales y asistencialistas del Partido Liberación Nacional (Socialdemócrata) le fueron restando espacio y oportunidad.³⁸ Hoy día, con el terremoto comunista internacional, la izquierda comunista costarricense sólo es un cenáculo de intelectuales, algunos desmoralizados, otros en reposo, todos sin existencia política.

Se dice que el espíritu socialdemócrata encarnó en el cuerpo vigoroso de un partido nuevo, que a partir de 1951 decidió llamarse Liberación Nacional. Fue la reconstitución de diversas fuerzas políticas, jóvenes pero ya experimentadas en el entrevero partidario. Más que su programa, su ejercicio político cotidiano y los resultados alcanzados califican en su favor la modernización

38 Roberto Salom: *Crisis de la izquierda costarricense*, Ed. Porvenir, San José, 1987, analiza con precisión los orígenes y el desarrollo del Partido Comunista, que en 1943 se llama Vanguardia Popular. En su análisis, las divisiones internas y la crisis general de la izquierda comunista debilitan al partido. Hace también el recuento de otras dos experiencias de izquierda marxista, el Movimiento de la Nueva República, castrista y sectario, y el Partido Socialista Costarricense, intelectual y urbano, llamado a constituirse por voluntad de su dirigencia, en eje del movimiento popular (pág. 138). En el momento de escribir este ensayo, ambas agrupaciones son parte de la historia de las ideas y de los movimientos sociales en el país.

de la sociedad costarricense. Estuvieron a tono con los tiempos y, por momentos, se adelantaron a cuanto sucedía en el resto de América Latina. Diferenciaron a Costa Rica del resto de Centroamérica y al lograrlo, reiteraron la excepcionalidad de este país.

El PLN tuvo la fuerza de la continuidad con la que se producen los cambios. Es un fenómeno genuinamente costarricense, condición y resultado de su peculiar modernidad.³⁹ Por eso mismo, tal vez es bueno recordar, de la mano de Bernstein, que la estrategia socialdemócrata, en su versión secular, compartía con la izquierda revolucionaria su aversión al capitalismo. Se diferenciaron paulatinamente, a medida que el sistema tenía éxitos en la economía y repartía beneficios sociales. Entonces, la participación democrática se fue ampliando con el voto obrero, la organización socialista y el sufragio universal.⁴⁰

Tal vez lo decisivo de la polémica de las primeras décadas de este siglo sea que se constituyen premisas exactamente opuestas a las de estos últimos años. Los revolucionarios proponían estrategias de ruptura; los otros afirmaban que las reformas eran la condición de su inevitable destrucción. Y que la estrategia era participar en las instituciones burguesas y no combatir las, para construir desde su interior el bienestar de la clase trabajadora. El Estado de bienestar.

De ninguno de estos predicamentos pudieron hacerse los liberacionistas típicos de la primera hornada. Homologadas las situaciones de la Europa industrial y las de América Latina, numerosos autores hablan que las condiciones en que surge la socialdemocracia en este continente están separadas por muchas

39. En torno al PLN y a la generación de Figueres, el mito favorable ha crecido hasta cobrar ciertas verdades. Si Jonas Boedenne mer hane un fudicio anteo de la mezcila ideológica de los liberacionistas claramente liberales, una visión optimista de hombre junto a una perspectiva keynesiana del Estado, reflejando las aspiraciones y complejidades de las elites medias, *La ideología socialdemócrata en Costa Rica*, EDUCA, San José, 1984. La tesis de Manuel Solís, diez años después, aporta las mismas conclusiones, ver, *Reformismo socialdemócrata o liberal?*, FLACSO, San José, 1993.

40. A. Przeworski, "La socialdemocracia como fenómeno histórico", en *Capitalismo y democracia*, Alianza Universidad, Madrid, 1988, pág. 45 y sigs.

décadas de historia. Hay muchos aspectos parecidos, pero a Costa Rica la socialdemocracia no llegó amputada en su dimensión social, como lo reclama, con razón A. Cueva para otras experiencias.⁴¹

La mayor diferencia con la experiencia europea es que aquí, la "socialdemocracia" impulsó un modelo de sociedad que tuvo como eje organizador un Estado fuerte, en tanto que en Europa el cambio se impulsaba desde una sociedad civil poderosa. El Estado que se va construyendo en los años cincuenta logró ser la expresión de alianzas de sectores de la sociedad tradicional con grupos sociales emergentes (clases medias urbanas y empresariales) y con representantes más que simbólicos del populacho. Fue una socialdemocracia desde arriba, sin clase obrera; claramente antisindical... pero en su provecho.⁴² No fue la de Figueres una experiencia que pueda ser clasificada como populista, como lo propone algún analista desavisado. El populismo es una experiencia primaria de participación popular, en sociedades de reciente industrialización y urbanización. Es el estreno de las masas como actores políticos. El figuerismo no fue eso, aunque desarrolló medidas que lo favorecieron.

La acción de ese Estado, democrático, resultado de una modernización del sistema electoral y con controles modernos, constitucionales y administrativos, se dirigió a crear una sociedad integrada. El modelo supone, como síntesis, la racionalización del papel del Estado, como articulador de todo el proceso, encarnando no (sólo) una dominación de clase, sino,

41 A. Cueva, "La socialdemocracia en Ecuador" en: M. Vellinga, *Democracia y política*, op. cit., pag. 336.

42 "En cambio, el PLN [...] prácticamente no volcó sus esfuerzos hacia la organización de las masas, sino que lo dedicó a constituir un sistema de seguridad social: lo más cómodo posible." F. Hinkelammert, *El juego de los reformistas frente a la revolución en Centroamérica*, H. Assmann (ed.), DEI, San José, 1981, pág. 25. Han sido dirigentes liberacionistas los que han empujado a organización solidaria para debilitar aún más el movimiento sindical. De los varios textos, cito el de G. Banco y O. Navaro, *El solidarismo, pensamiento y dinámica social de un movimiento obreropatronal*, Ed. Costa Rica, San José, 1984, esp. cap. I y V, y ASEPROLA, *El problema solidario y la respuesta sindical en Centroamérica*, CEDAL, San José, 1989.

como dice Cardoso, como el punto de encuentro entre intereses nacionales e intereses populares... y sin contradicciones antagónicas.⁴³

Este es el logro que da verdadero sentido socialdemócrata al PLN, reformar a fondo la vieja sociedad.⁴⁴ La integración significó, entre otras cosas, ampliar los servicios públicos en educación y salud, seguridad social, infraestructura y comunicaciones, acceso al crédito, universalización del sufragio. Ese gobierno desarrolló exitosamente políticas de crecimiento agropecuario, modernización cafetalera, al mismo tiempo que políticas de distribución del ingreso, y otras medidas que buscaron conciliar la equidad social con la acumulación económica.

Pero ahora, esa socialdemocracia está en crisis múltiple, como partido, como ideología y como política de Estado. Pensando en Europa, R. Dahrendorf habló del deterioro del pacto socialdemócrata, que es el debilitamiento de una relación política de clases que los socialdemócratas lograron establecer, en Europa, desde el gobierno, en provecho de la burguesía, pero con poderosos vínculos en las organizaciones sociales, a las que les crearon una sociedad de bienestar. En Costa Rica, no se alcanzó este tipo de sociedad, pero se le aproxima en una dimensión histórica y relativa, si se consideran, por ejemplo, los avanzados indicadores sociales que testimonian lo que se ha alcanzado y que se conserva hasta ahora con extrema dificultad.

El pacto socialdemócrata se viene “desfondando” en Costa Rica por diversos mecanismos. El visible, por ser el aparente, es

43 F. H. Cardoso, *Los desafíos de la socialdemocracia en América Latina* en: M. Velínaga *Democracia y política*, op. cit., pág. 350 y sigs.

44 Solamente por un desvío del análisis histórico se sigue hablando de la modernización de Costa Rica como efecto del Partido Liberación Nacional. En los hechos mismos. Fue toda la generación de políticos que hacen gobierno durante 25 años, a partir de 1950, los que cumplieron ese destino. La oposición anti-socialdemócrata, en el gobierno tres veces, no varió un ápice el camino de las reformas sociales. Tal vez porque no tuvieron tiempo, tal vez por la fuerza de los hechos, tal vez por razones electorales. No es este el momento para tales aclaraciones.

que desaparecieron los liderazgos grandes. Los padres fundadores murieron después de un cuarto de siglo de prolífica experiencia. Pero esta sociedad se diversificó y al modernizarse económicamente, surgieron grupos de intereses, actividades, ámbitos productivos, conflictos e insatisfacciones que dificultan el "pacto". El Estado ya no puede (fácilmente) conciliar en un ambiente muy marcado por las fuerzas internacionales del mercado.

La potencialidad de acuerdos intersectoriales e interclases ya no es posible, el pacto, de hecho, se erosiona, además, en este clima neoliberal, no tanto porque el Estado pierde eficacia sino porque ganan fuerza las clases propietarias, transnacionalizadas, con perfil oligopólico, frente a la indefensión -en que siempre estuvieron- los sectores obreros. Para que no termine de hundirse, el pacto socialdemócrata necesitaría que el PLN organizara en su apoyo a los movimientos sociales, otorgándoles algo. En el pasado lo hizo desde arriba, al precio de su desorganización. Hoy día, tendrá que pagar el riesgoso costo de conflictos que, como lo demostró la crisis de agosto de 1995, ya casi no pueden manejar.

Hay que establecer los diversos niveles en que se produce la crisis de la izquierda democrática en Costa Rica. Uno, el señalado, vuelve difícil o hipócrita, una política en favor de la justicia social. La crisis del Partido es, en parte, resultado del agotamiento del pacto social que por tantos años animó. En el interior del PLN crecieron también las diferencias que antes unificaban la política social. Como todo gran partido nacional, admite corrientes subterráneas poderosas. Un sector del empresariado está ahí, también obreros y campesinos, pero sobre todo, las clases medias urbanas que crecieron en tamaño y ambición.⁴⁵ Como fuerza política, el Partido carece de la unidad, que luego intenta expresar desde el Estado. Por lo que puede apreciarse, tampoco lo logra.

45 Véase el libro de H. Alvarado y otros, *De los empresarios políticos a los políticos empresarios*, Universidad Nacional, Heredia, 1987. Son importantes algunas reflexiones de *El nuevo rostro de Costa Rica*, J. M. Vilasuso (ed.), CEDAL, San José, 1992, especialmente la parte II y II, que analiza los cambios sociales y políticos más recientes.

Las oportunidades de una especial relación política de clases para modernizar una sociedad, han sido aquí, coyunturas excepcionales, que como los milagros, ocurren muy rara vez. Son momentos favorables en que se pueden hacer reformas de la estructura con paz social, en que se puede distribuir con la mano derecha e invertir/ahorrar, con la izquierda. Esas condiciones y la voluntad política de hacerlo se vienen debilitando, tanto en el Partido como desde el Estado. Fue menos visible en la acción de gobierno de Monge por la cuantiosa e interesada ayuda norteamericana, otorgada a Costa Rica por convivir entre dos vecinos repugnantes, la Nicaragua sandinista y la Panamá de Noriega. Todavía alcanzó algo bajo la conducción del gobierno Arias, pero se agotó decididamente con el de Figueres Jr.

El Partido mantiene ahora otra dinámica, parcialmente comprometida con los principios o las herencias del pasado. La tensión ocurre entre los tiempos del ayer y del mañana. Algunos cuadros todavía insisten en el Programa y se han hecho esfuerzos en el ámbito ideológico (los Congresos Matilde Marín y José Figueres, de los últimos años). Nadan contra la corriente. Experimentan, con rasgos distintos, sin duda, la misma crisis de la izquierda democrática en otros países. Los avala, con suerte, la inercia de la tradición democrática del país y la continuidad de una cultura, que se agota.

Se hacen esfuerzos para explicar y evitar la creciente debilidad orgánica del Partido, en cuyo interior han perdido fuerza la Asamblea Plenaria, las distritales, etc. Marcelo Prieto analiza con dolor este debilitamiento, sobre todo, como se vulneran los sistemas de representación y la democracia interna.* Aun más incisivo es el análisis de M. Carballo, cuando señala el divorcio no sólo entre el Programa del Partido y la acción del gobierno, sino la brecha entre la organicidad partidaria y el gobierno mismo. Sin duda, las

46. Prieto señala que el PLN se convirtió en un portaviones, donde cualquiera puede aterrizar. Aparecieron caudillos que separaron al partido del gobierno, o viceversa, etc. Cf. M. Prieto, "Cambios en las organizaciones políticas costarricenses", en: J. M. Villasuso (ed.), *El nuevo rostro de Costa Rica*..., op. cit., págs. 282-283.

condiciones han variado y lo que no se acierta a definir es cómo ser socialdemócrata en una coyuntura neoliberal.⁴⁷ Es ésta la expresión vicaria de la crisis de la izquierda democrática en Costa Rica. Aquí, la simbología del adiós es de otra textura.

Tan radical como la misma realidad...⁴⁸

En la primera parte de este trabajo se sostiene la hipótesis de que la realidad contextual centroamericana crea personalidades radicales, empuja a conductas de ruptura, alimenta extremismos ambidiestros. Un intelectual europeo dijo que la nuestra, es una realidad leninista. Quince años después de iniciado el conflicto, esa realidad se ha vuelto más injusta y polarizada y, sin embargo, hoy día tirios y troyanos aceptan su condición ciudadana y participan en la política y en el juego democrático.

¿Puede la democracia política contribuir a resolver los problemas que agobian esa realidad, que el conflicto exacerbó y que estuvieron en los orígenes del mismo? No puede ser necesariamente afirmativa la respuesta y, en todo caso, por la magnitud de los daños materiales y culturales inflingidos a la sociedad, el optimismo tendría que ser de larga duración. Vivimos, pues, en el interior de un equilibrio difícil, de un desbalance potencial, en el filo de la navaja, con el temor persistente de alcanzar el límite de tolerancia de la oferta democrática.

El temor viene de la política misma y no de la economía, si la distinción se mantiene, y sólo para insinuar que no son escombros autoritarios los que conviven junto a la voluntad democrática, sino una poderosa tradición de impaciencia, desconfianza,

47. M. Carballo Q. "El Partido Liberación Nacional: necesidad de nuevos contenidos y formas de acción política" en: M. Vivasuso, *El nuevo rostro de Costa Rica*, op. cit. págs. 319-320.

48. Es parte de una oración, una respuesta nada porvenir en una conversación con el poeta rumano Marcu, en un café de Zurich, citado por Alexander Cockburn en "Radical como la realidad" en *After the fall, the failure of communism and the future of socialism*, Verso, London, 1991, pag. 167.

intolerancia en grupos decisivos de nuestras sociedades, vicios todos que suman voluntades para justificar el regreso a una dictadura militar: ¡si no hay desarrollo, por lo menos que haya orden!

En este escenario desconocido y riesgoso se plantea la izquierda el desafío de su modernidad. Tiene en su favor que partidos y fuerzas de izquierda intentaron en el pasado contribuir a los procesos de democratización, sin lograrlo efectivamente. Hoy día, tienen en su contra, enfrentar el desvarío de la crisis ideológica y política de las fuerzas progresistas en todas partes y confundirse frente al derrumbe de todas las señales visibles de su identidad. Y extraviarse en un camino donde las viejas credenciales se gastaron y las nuevas tienen un precio difícil de pagar: hacerse confiables como izquierda democrática. Los desafíos para lograrlo son muchos y varían de un país a otro.

Uno, es mantener sin desmayo el compromiso con los valores de la igualdad, la libertad, la justicia social, las oportunidades para todos, y por lo tanto, la lucha por un orden basado en la solidaridad, una política que se mueva por impulsos éticos y acciones racionales. Para la izquierda ahora desarmada, aparece aquí la pertinencia de un cambio cultural interno, pues la izquierda intentó todo eso en el pasado, pero desde posiciones confrontativas, ideológicas, como fórmulas de ruptura. Como izquierda democrática, la intransigencia con los principios puede ser compatible con una óptica política, participativa, consensual.

Otro, es hacerse presente, participar de manera inmediata y práctica en el proceso de construcción democrática que ocurre en la región, ideal por el que, al fin y al cabo, lucharon largamente desde la segunda postguerra. Ello significa aceptar unas reglas de juego que no alcanzaron a definir, en algunos casos, que las hicieron los viejos enemigos, pero que al respetarlas, pueden ayudar a perfeccionar. ¿Se puede construir una democracia política sin las fuerzas de izquierda? Sin duda, no, ni aquí ni en otras latitudes. La experiencia contraria podría avalar la respuesta afirmativa. En los años previos a la tormenta, no hubo democracia porque hubo una feroz persecución a las fuerzas y

partidos de izquierda. La dictadura fue siempre violencia contra los hombres de izquierda.

Un tercer desafío se constituye en la necesidad de ganar la representación de los sectores sociales, la organización de los marginados y oprimidos, de aquellos a quienes la lógica del mercado, el endurecimiento de la competencia, el narcisismo del consumo, empobrecen cada vez más. ¿Cómo reconstruir en unos casos o alcanzar, en otros, la confianza de estas fuerzas sociales, dentro de la lógica de la institucionalidad, de la representatividad democrática?

En consecuencia, el reto mayúsculo es el *aggiornamento* a fondo, no sólo un cambio de piel. Cambiar sin negarse. Es decir, resolver la contradicción histórica de modernizarse de cara al futuro, sin renunciar a una identidad que los arroja al pasado. Recuérdese que la identidad comienza con la ideología. La disyuntiva para los partidos de izquierda, como en Costa Rica, es dolorosa: o alcanzar el "redesplicue" ideológico para salvar al partido, acomodándolo a las exigencias prácticas de la coyuntura. Es decir, haciendo del realismo político la razón primaria de su existencia electoral. O, la necesidad de asumir la tormenta, como pasajera, afirmando ideológicamente los principios que marcaron la identidad democrática, socialista, a costa de perder votos, de perder la oportunidad del poder. ¿No hay otra opción?

Las fuerzas de izquierda, marxistas, postmarxianas, democráticas, los intelectuales, los cuadros políticos, los programas, al reorganizarse deberían olvidar la obsesión de etiquetarse como la nueva izquierda, obsesión que se alimenta en la falsa percepción de que la caída del comunismo ha sido una victoria para la izquierda democrática, olvidando que por la lógica de los opuestos, los vencedores están a la derecha: capitalismo, nacionalismos, fundamentalismos religiosos, etc.* A la condición de su efectiva renovación se puede llegar, sin anunciarlo. A cambio,

49 Giorgio Ruffolo, "En torno al concepto de izquierda," *Leviatan*, II Época, Madrid, 1992, pág. 73; y N. Bobbio, *Derecha e izquierda*... op. cit.

deben comprobar su modernidad afirmándose en los viejos valores de libertad y democracia⁵⁰, justicia social, independencia y cultura nacionales, etc., sin complicarse por el grado de realismo utópico que aún se debe tener para reivindicar tales valores, que por lo demás, son por los que pelearon generaciones enteras de estudiantes y obreros después de 1945, con las banderas de Arbenz y Arévalo, Villeda Morales, Figueres y Oduber, Ungo, P. J. Chamorro y muchos otros.

En la coyuntura actual, las fuerzas democráticas, que no dudamos, son vigorosas pero dispersas, faltas de identidad pero numerosas, y con una existencia más de psicología social (como un estado de ánimo crítico) que de sociología política, pueden organizarse y prosperar. Muchas condiciones, que no surgen *ex nihilo*, son necesarias. La primera es que la izquierda nueva sólo la puede encabezar un nuevo liderazgo y por quienes están en posibilidad de revisar críticamente la historia y sacar las enseñanzas del pasado.

Pero básicamente, un vigor para luchar por la democracia, por dar a la democracia política una sólida base social, consolidar las instituciones democráticas y desarrollar una cultura política democrática, socialista, profundamente crítica del orden existente. Obviamente, no se puede mantener una postura de este talante con una utopía debilitada⁵¹; hay que alimentar la esperanza con intransigencia para no perderse en esta etapa, que no es una coyuntura sino un verdadero fin de época y no por ser fin de

50 El excelente libro de Richard L. Harris concluye con una propuesta para renovar la izquierda en América Latina. Su capítulo 13 (Lessons and prospects for socialism in Latin America) coloca la lucha por la democracia, como el eje renovador de la izquierda latinoamericana. Cf: *Marxism, socialism and democracy in Latin America*, Westview Press, Boulder, 1992, pág. 192 y sigs. También el libro de F. Welfort, *¿Cuál democracia?*, FLACSO, San José, 1993, especialmente el último capítulo (Democracia y socialismo), pág. 221 y sigs.

51 R. Harris recupera para la izquierda su tradición socialista y sugiere que los mejores aspectos de esa tradición servirán como fundamento intelectual y moral en la construcción en el siglo XX de una genuina democracia socialista. Cf: *Marxism, socialism and democracy in Latin America*, Latin American Perspectives Series, Westview Press, Boulder, 1992, pág. 215.

milenio, como ya lo proponen con robusto optimismo intelectuales y fuerzas políticas de izquierda, en otras partes.

Las fuerzas de la izquierda, cualesquiera que sean los adjetivos que además quieran utilizar, tienen que ser tan radicales como la sensibilidad lo permita y la realidad lo exija y no arriar las banderas por la justicia social, la libertad y democracia, por la que las calles, los cerros, las fábricas y las Universidades se llenaron de mártires que no vamos a olvidar. Pero no debe ser el rencor como tampoco el olvido, los que presidan el renovado vigor del pensamiento y la acción de las izquierdas centroamericanas en este fin de siglo.

Edelberto Torres-Rivas.

Madrid, octubre, 1995

Impreso en San José, Costa Rica por:



EDITORAMA

GRUPO EDITORIAL EDITORAMA

Tel: (506) 225 0202 • Fax: (506) 222 7878



La Fundación Friedrich Ebert es una institución político-cultural privada sin ánimo de lucro, creada en 1925 como legado político de Friedrich Ebert, primer presidente democráticamente elegido del Reich alemán. Prohibida por el régimen fascista en 1933 y restablecida en 1947, la Fundación Friedrich Ebert está comprometida con los principios y valores de la democracia social. La Fundación Friedrich Ebert entiende su trabajo en los países en desarrollo como contribución:

- al mejoramiento de las condiciones políticas, económicas y sociales de los grupos más vulnerables de la sociedad;
- a la democratización de las estructuras políticas, económicas y sociales,
- al fortalecimiento de sindicatos libres y democráticos;
- al fomento de la cooperación regional entre estados y grupos de la sociedad civil,
- a la superación del conflicto Norte-Sur.

Fundación Friedrich Ebert
Representación en Costa Rica
Tel: 296-0736, Fax: 296-0735
Apartado 874-1000, Costa Rica

A 98 - 0489